

BOLSILIBROS
BRUGUERA

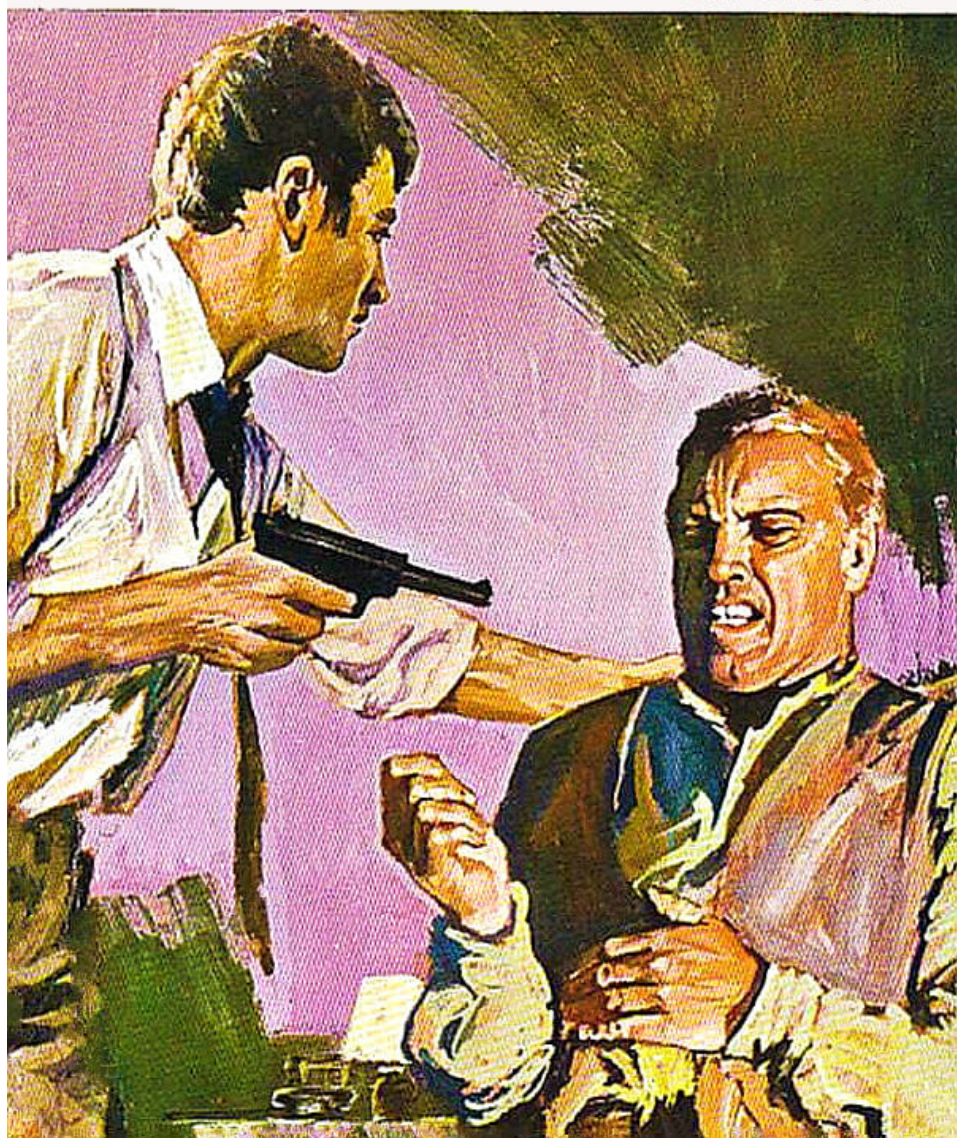
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

cinco años de tensa espera

Frank McFair



Eran las tres y media de una soleada tarde de invierno. El gran patio rectangular, bordeado por la alta cerca de cemento, estaba lleno de hombres. Los reclusos formaban grupos o paseaban perezosamente de un lado a otro.

En cada uno de los cuatro ángulos de la cerca había una torreta, y en ellas tres guardias uniformados, con las pistolas ametralladoras en las manos.

Por entre los grupos circulaban también vigilantes, balanceando las porras. Cinco reflectores y dos ametralladoras completaban el conjunto.



Frank McFair

Cinco años de tensa espera

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1091

ePub r1.0

Lds 13.03.18

Título original: *Cinco años de tensa espera*

Frank McFair, 1971

Cubierta: Jorge Nuñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



PRÓLOGO

El hombre era joven y bien parecido. Quizá comenzaba a engordar un poco, pero hasta dentro de diez años aquello no tendría importancia.

Agitaba los dados en la mano izquierda, y de vez en cuando les echaba el aliento.

—Animo, daditos —dijo una de las veces—. Vamos, vamos, daditos. Necesito que salga ese siete.

A su alrededor, en la mesa de dados, había más de diez personas, y todas ellas seguían con gran atención sus movimientos.

Frente a él, un montón de billetes. Había ganado por lo menos seis mil dólares, y no parecía ir a abandonar el juego. En su frente brillaban ligeras gotas de sudor, pero eso era todo lo que indicaba su excitación.

—Vamos, vamos, daditos —repitió—. Necesito ese siete y... ¡anda, siete!

Los dados rodaron, golpearon contra la pared de la mesa y quedaron quietos. Un cinco y un dos.

Un murmullo se elevó de entre los que lo rodeaban.

—¡Imposible! —dijo un hombre gordo y sudoroso—. ¡No lo he visto desde hace años! ¡Es...!

El encargado de la mesa cogió los dados y los retuvo un momento en la mano, mientras el ganador recogía las apuestas.

—¿Qué está mirando, Bullit? —preguntó el ganador—. Yo no truco los dados.

—No, creo que no. Si lo hiciera no volvería a jugar aquí.

—Usted mismo puede comprobarlos. Dados vírgenes y... suerte, Bullit.

—Que siga la racha —dijo el encargado de la mesa—. Hagan

juego, señores.

—Que necesito mucho dinerito —añadió el joven—. Mucho. Tengo que comenzar una nueva vida... mejor.

Rió alegremente mientras las puestas comenzaban a cubrirse.

El encargado de la mesa hizo una rápida seña a uno de sus compañeros y éste acudió a hacerse cargo de la partida. Bullit se encaminó hacia los fondos de la sala, levantó una cortina y llamó a una puerta.

Ésta se abrió y un hombre alto, vestido de etiqueta, le franqueó el paso.

—Quiero ver a míster Wilcox, Steve.

—¿Ocurre algo? Míster Wilcox está ocupado.

—Pues... estoy preocupado por la mesa cinco. Hay un punto que está haciendo mucha masa allí.

—¿Mucha?

—Mucha, Steve.

—Espera un poco. Trataré de que te vea.

Estaban en una habitación cuadrada, sin ventanas. Steve caminó hasta una cortina, detrás de la cual había otra puerta. Pasó.

Cinco minutos después, volvió.

—Bueno, te va a recibir un momento. Ponte bien esa corbata, Bullit. Ya sabes que a míster Wilcox no le gustan las personas desaliñadas.

Riendo, cruzaron juntos la puerta.

Un despacho amplio, bien alfombrado, al fondo del cual había una mesa de trabajo. Detrás de ella, un hombre de mediana estatura, con el pelo blanco.

—Bullit —dijo el hombre.

Ni siquiera interrogaba. Esperaba.

—Pues... verá, míster Wilcox. En la mesa cinco. Hay un punto que está arrastrando mucho dinero.

—¿Cuánto ya?

—Pues... casi doce mil.

Míster Wilcox no pestañeó.

—Sí que es dinero. ¿Los dados? ¿Algo con ellos?

—Bueno, ya me conoce, míster Wilcox. Me basta coger uno en la mano para decir si están trucados. Se los he cambiado cuatro veces. Ninguno de ellos estaba cargado.

Wilcox lo miraba con semblante absolutamente inexpresivo.

—Bullit, ya sé que eres de confianza. Pero... ¿no te habrás equivocado? Simplemente, no me gustaría.

—Míster Wilcox, si yo digo que un dado no está cargado puede usted apostar la camisa a que no lo está.

—¿No puedes trucarle alguno?

Bullit hizo una mueca.

—Míster Wilcox, me parece que no. Ese tipo parece conocerlos también.

—¿Ni trucarle uno y decir que lo ha hecho él?

Bullit movió la cabeza negativamente.

—Bien, entonces habrá que esperar. Cuando llegue a quince, cierra la mesa.

—Yo creo que se trata de una racha de suerte y nada más —dijo Bullit—. Y que le cambiará. No creo que haya truco alguno.

—¿Quién es?

—Es un tipo que ya estuvo aquí en algunas ocasiones, míster Wilcox. Venía con los muchachos de Lem Simmenthal. Pero parece que ya no anda con ellos.

—¿De Lem? Voy a echarle una ojeada.

Míster Wilcox, seguido por sus dos secuaces, atravesó la antecámara y penetró en el salón. Allí, Bullit volvió a su mesa. Poco después, Wilcox se dejó caer por allí.

—¿Mucha suerte, muchacho?

—Vaya si la hay. No hay como necesitar una cosa para que salga.

—Me alegro. Me gusta que la gente se divierta en la casa.

Había calculado rápidamente. Los doce mil dólares eran ahora trece mil. La racha continuaba.

Wilcox palmeó la espalda del jugador y volvió a su despacho, en compañía de Steve.

Cogió el teléfono e hizo una llamada de larga distancia.

—Oiga, ¿está Lem por ahí? Bueno, ya sé. Díganle que le llama Wilcox. Sí, eso, que me llame él cuando se desocupe. Cuando sea, mañana, pasado, cuando pueda.

Colgó el teléfono y esperó. Sabía que lo llamarían casi inmediatamente y así ocurrió.

Lo cogió.

—¿Sí? Oh, Lem. ¿Cómo va eso? Me alegro, hombre, me alegro. Ya sabes que si hay alguien amigo de los amigos, ése soy yo.

Estaba mintiendo y Steve lo sabía bien, porque Wilcox no tenía amigos. Pero la competencia con Lem era escasa y Lem podía ser peligroso. Repartidos bien los campos, podían considerarse... amistosos.

—Escucha, Lem te llamo para preguntarte una cosa. Tú tenías a un muchacho de pelo rojizo, con una cicatriz pequeña en la frente. Blanca, sí. ¿Está todavía a tu servicio? ¿No? ¿Pasó algo? ¿Lo tenías en una mesa de juego, verdad? No, nada, Lem, está ganando bastante en mi casa. Bastante... bueno, ya sabes, lo suficiente como para que la gente se ponga nerviosa. Ya. Entendido.

Esperó un momento.

—Bueno. Gracias, Lem. Y ya sabes, si necesitas alguna cosa, no tienes más que hacérmelo saber. ¿Eh? Adiós, muchacho.

Colgó. Se quedó mirando a Steve.

—El chico estuvo con él, pero dijo que había recogido algún dinero de una herencia o algo así y los dejó. Amistosamente. Dice que era un buen jugador, pero nada serio. Puede que como dice Bullit, sea solamente una racha de suerte. Pero esas rachas se dan pocas veces.

Aquella duró.

Al llegar a los quince mil, Bullit paró el juego. El ganador levantó la cabeza.

—¿Por qué?

—Pues porque es el límite —dijo.

—No es el límite. El límite son veinticinco papiros.

—No lo es.

—Lo es. Lo sé.

—Usted parece estar muy enterado.

—Claro que sí, Bullit. Lo estoy. El límite son veinticinco de los grandes.

Bullit comenzó a ponerse nervioso. En efecto, el límite eran veinticinco. Un coro de protestas se levantó entre los jugadores.

—Bueno —dijo Bullit—. Voy a preguntar.

—Hágalo, Bullit. No va a parar la partida ahora.

Bullit entró de nuevo en el despacho de Wilcox. Se limpiaba el sudor de la frente.

Wilcox lo escuchó con atención. Se quedó pensando durante un momento.

—¿Hay protestas?

—Las hay, míster Wilcox.

—Bien, vamos a dejarle que llegue a los veinticinco. Tenme al corriente, Bullit.

—Sí, señor, por supuesto.

Aquello simplemente parecía cosa de locos. La racha continuó. Llegó a los veinticinco. Para entonces el juego se había parado en casi todas las mesas, porque todo el mundo quería ver al hombre que se estaba aproximando al límite.

Y el límite llegó. Veinticinco. Y entonces, Bullit cerró la mesa.

El ganador, sudando, se acercó al bar, con los bolsillos llenos de billetes. Y Bullit corrió al despacho de Wilcox.

Éste lo examinó fríamente.

—Y sigues diciendo que no ha hecho trampa.

—No, señor. A veces, me parece imposible, pero yo no me puedo equivocar en una cosa como ésa. No lo ha hecho.

—Te equivocas, Bullit.

—Pero...

—Digo que te equivocas.

—Señor Wilcox...

—Estás completamente equivocado. Ha hecho trampas. Y tú le vas a cazar con un dado trucado.

Bullit entornó los ojos.

—Creo que comprendo, señor Wilcox.

—Exactamente. A ver cómo te las arreglas.

Bullit, con la frente contraída en una mueca de concentración, abandonó el despacho.

Llegó a la mesa. Cogió uno de los dados y, de pronto, abrió un poco los ojos. Lo suficiente como para que alguno de los que había a su alrededor se diese cuenta.

—El bastardo... —dijo en voz baja.

Y se dirigió rectamente, pero con cierta domesticada indiferencia hacia el bar.

—Escuche, amigo.

—¿Qué hay, Bullit?

—¿Quiere seguirme un momento?

—¿Dónde?

—No será más que un momento.

El otro frunció el entrecejo.

Steve había aparecido a su lado.

—¿Ocurre algo, Bullit?

—Quisiera hablar con este caballero un momento, Steve. Es sólo una aclaración.

—Bien, ¿por qué no pasan ustedes al despacho?

—Oigan, yo no quiero ir a ninguna parte...

—Vamos, vamos, amigo. Sólo es una aclaración, ya le digo.

Y lo guió firmemente.

Ya en el despacho:

—¿Qué sucede, Bullit?

—Steve, me he encontrado este dado de la última tirada. Está trucado.

—¡Embustero! ¡Maldito bastardo!

Steve compuso una cara de asombro.

—¿Qué?

—¡Es un maldito embustero y...!

El ganador se lanzó contra Bullit. Steve se interpuso.

—No quiero líos.

—¡Es una maldita mentira! ¡Este tipo está mintiendo!

—Bueno, lo que no quiero son disgustos. A nadie le interesan. Bullit. ¿Está seguro?

—Claro que sí —mintió indignadamente Bullit—. ¡No sé cómo lo habrá hecho, pero empleó un dado trucado!

El ganador intentó lanzarse a su garganta. Steve sacó una pistola.

—No, he dicho. Mire, amigo. Llévese su dinero, pero no vuelva a poner los pies en este lugar, porque lo pasará mal. ¿Ha comprendido?

—Pero...

—Ni una sola palabra más o... lo pasará mal. Vamos, váyase.

El hombre los miró. Comprendió de pronto. Dio media vuelta y se marchó.

Steve no perdió un solo instante. Entró en el despacho de Wilcox.

—¿Quién lo hará? —dijo.

—¿No había traído Layers un chico nuevo?

—Sí, señor.

—Pues bien, ésta puede ser una ocasión para que reciba el bautismo. Una buena ocasión. Que no lo maten, por supuesto, pero que le den una lección. Que lo haga el nuevo.

—Sí, señor.

Y salió.

El ganador llegó a su casa, un cuarto barato, en un hotel de tercera categoría.

Contó el dinero, pero ya no sonreía tan alegremente como antes. Veinticinco mil dólares. Nunca había tenido tanto dinero.

Salió al pasillo y cogió el teléfono.

—¿Nena? Bueno, bueno, era para darte una sorpresa. Me gustaría invitarte a comer mañana. No, preciosa. ¿No puedes? Hombre, es lástima, hermanita. He tenido una buena racha en el juego. Sí, una hermosa racha. Bueno, entonces, cualquier otro día. Bah, no te preocupes. A los tipos de la casa de juego les molestó que me alzase con tanto dinero, pero luego todo se ha arreglado. Bah, ni hablar de eso. No les interesa armar escándalo, eso es todo. Bueno, de acuerdo, otro día. Te llamaré mañana.

Colgó y volvió a la habitación. En ese momento, dos hombres comenzaban a subir la escalera.

Cuando el ganador cerraba la puerta, llamaron a ella. Fue a abrir. Sus ojos se abrieron lentamente cuando vio la pistola que le apuntaba al vientre.

—Pero qué...

Le empujaron. Eran dos hombres jóvenes. Uno de ellos sonreía cruelmente.

—Vamos, venga el dinero, muchacho.

—Pero...

—Venga la pasta, imbécil. ¿Qué creías? ¿Que podías alzarte con él haciendo trampas, eh? No hay quien le haga eso a los hombres honrados.

—Pero ¡si yo no hice trampas...!

—Vamos, vamos, la pasta.

La recogió de encima de la mesa y se la guardó en el bolsillo. Luego, sonriendo aún, alzó la pistola.

—No lo irás a matar, ¿verdad? —dijo el otro.

—¿Tú qué piensas?

—No es eso lo que nos han dicho.

—Bueno, lo harás tú.

—No.

El ganador se iba apartando hacia la pared. Estaba aterrado.

—Esperad, muchachos, porque...

Y entonces, el otro disparó. Tres veces. El ganador en el juego lanzó un aullido y se cogió el vientre con las manos. Un chorro de sangre brotó por entre sus dedos.

—Ase... sinos... Mi hermano... os arrancará el corazón...

El hombre volvió a tirar. El cuerpo quedó quieto.

Luego, se volvió y salió corriendo, tirando la pistola al suelo.

El segundo hombre, con los ojos espantados, se inclinó sobre el caído. Al hacerlo, vio la pistola y la cogió. En ese momento, se abrió la puerta y un hombre gritó al verlo. Se apartó chillando y corriendo por el pasillo. Varias puertas se habían abierto.

El hombre, con la pistola aún en la mano, miró a la ventana. Se dirigió hacia ella, mientras los gritos arreciaban fuera.

Y en ese momento oyó los pasos en la escalera. Pasos pesados, que corrían.

Se volvió. Parecía una rata acorralada. Cuando el policía de uniforme entró, alzó su propia pistola.

—¡No se mueva o lo mato! ¡Quieto! Tire esa pistola y póngase contra la pared.

La carta estaba redactada en estos términos:

«Querido hermano: Lynn ha muerto. He logrado saber tus señas debido a una casualidad. Ya lo sé qué ha pasado mucho tiempo, pero ello no alivia mi pena. Lynn fue muerto por un maldito asesino, porque dijeron que había hecho trampas en el juego. Pero el asesino no ha sido condenado a muerte. Está vivo, aunque en el presidio de Fort Hamilton.

»¿De veras no sabías nada? En realidad sólo quería informarte de ello...».

Seguían algunas líneas más, muy pocas.

El telegrama le llegó dos días después.

«Voy a verte. Y voy a acabar con el maldito que mató al muchacho».

* * *

Nada más... por entonces.

CAPÍTULO PRIMERO

Eran las tres y media de una soleada tarde de invierno. El gran patio rectangular, bordeado por la alta cerca de cemento, estaba lleno de hombres. Los reclusos formaban grupos o paseaban perezosamente de un lado a otro.

En cada uno de los cuatro ángulos de la cerca había una torreta, y en ellas tres guardias uniformados, con las pistolas ametralladoras en las manos.

Por entre los grupos circulaban también vigilantes, balanceando las porras. Cinco reflectores y dos ametralladoras completaban el conjunto.

Desde la ventana de la biblioteca, protegida por gruesos barrotes, Mac Tamish podía ver parte del patio, pero no le interesaba lo que ocurriese en él, así que apenas lanzaba una ojeada distraída de vez en cuando.

Contándole a él había en la biblioteca cuatro reclusos y dos carceleros que bostezaban constantemente, hartos de la pitanza que acababan de consumir.

Mac Tamish levantó los ojos del libro que tenía delante y miró a la puerta. Dentro de poco comenzarían a llegar los escasos penados que dedicaban algún tiempo a leer, y tendría que buscarles los libros que pidiesen. Entonces ya no podría continuar estudiando.

Tenía muchas ganas de fumar, pero estaba prohibido hacerlo dentro de la biblioteca. Haciendo un esfuerzo, volvió a su libro.

Un cuarto de hora después, llegaron los primeros reclusos. Un guardián, tan aburrido como los de dentro, los acompañaba.

Mac Tamish les dio los libros que le pidieron. Naturalmente, él no era el bibliotecario, pero éste delegaba en él sus funciones desde hacía casi un año, desde que se convenció de que el muchacho

podía hacerlo tan bien como él. Era una situación un tanto anómala, pero aprobada por el alcaide de la prisión.

Un hombre de unos cincuenta años, Pete *el Hurón*, se sentó junto a él en la mesa de enfrente. Tenía un libro en la mano, pero se las arregló para hacer con los dedos el gesto que en el penal entendían todos los reclusos, el gesto que significaba: «Atención, quiero hablar contigo».

Mac Tamish dejó pasar unos minutos y luego, con aire indiferente, se aproximó al Hurón. Éste leía, moviendo los labios lentamente, como los que están poco acostumbrados a esta tarea.

No alzó los ojos, y continuó silabeando, pero Mac Tamish le entendió perfectamente. Ahora no leía. Le hablaba a él.

«Ha llegado un nuevo cargamento. Siéntate a mi lado durante la cena».

Mac Tamish se alejó de nuevo, paseando entre las mesas. Luego se aproximó a una de las ventanas. Los presos del patio buscaban el sol que todavía daba en uno de los ángulos. Dentro de media hora tendrían que volver a las celdas.

Llegó la hora de cerrar la biblioteca. Uno de los guardianes dio una palmada.

—Vamos, muchachos.

Greg Mac Tamish pasó de uno en uno recogiendo los libros. El se quedaría aún un momento, hasta depositar los volúmenes en sus sitios respectivos.

Se marcharon los penados. Un guardián, con las llaves en la mano, esperó hasta que Mac Tamish terminó su labor y luego lo acompañó hasta la salida. Cerró la puerta y se encaminaron ambos por el corredor que conducía a la galería principal, en la que se hallaba la celda de Mac Tamish.

—¿Algo nuevo, míster Kellman? —preguntó Greg.

—Nada, muchacho. Todo sigue igual.

Mac Tamish disfrutaba de una celda individual, como todos los presos que efectuaban algún trabajo especializado. En ella estaban su cama, con la manta de reglamento perfectamente alisada, una pequeña mesa, una silla y el lavabo. También tenía el privilegio de poder retener algunos libros.

Esperó la hora de la cena sin impaciencia. Cinco años en el penal de Fort Hamilton le habían enseñado muchas cosas. Una de ellas,

que para no volverse loco debía siempre no esperar demasiado del minuto siguiente... ni del año siguiente.

Por fin sonó la recia campana que anunciaba la cena. Una pequeña luz roja se encendió sobre su puerta de acero. Mac Tamish se acercó a ella y se colocó en posición de firme.

La puerta se abrió, al mismo tiempo que las otras cien de la galería. Los presos dieron un paso al frente y volvieron a detenerse. Doscientos cincuenta hombres, blancos, negros, amarillos, cobrizos. Doscientos cincuenta hombres, serios, con los trajes grises y las gorras del mismo color ratón en la cabeza.

Los guardianes, con las armas al brazo, esperaban también. Vestían de azul oscuro y llevaban gorras de plato esquinado como las de la policía.

Una nueva señal, y los presos dieron un cuarto de vuelta. Nueva campanada y comenzaron a andar, golpeando rítmicamente el suelo de acero de la galería con sus recias botas.

El comedor de la galería A estaba en el mismo piso. Las galerías formaban una especie de estrella radiante, cuyo centro estaba ocupado por el puesto de guardia y el servicio permanente de vigilancia. En caso de motín o de peligro, las enormes puertas de cada una de las galerías se cerraban automáticamente, y cada uno de los radios de la rueda quedaba absolutamente aislado de los demás.

Mac Tamish maniobró hasta colocarse junto al Hurón, lo cual resultaba fácil debido a que a diferencia de otras prisiones, en Fort Hamilton no existían sitios fijos en los comedores.

Los presos camareros llenaron los platos de carne con patatas y a una señal, comenzaron todos a comer. Los guardianes paseaban por entre las mesas para impedirles hablar. No obstante, una especie de rumor sordo, de colmena, se extendía por el comedor. Cuando un guardia llegaba al sitio en que le había parecido oír hablar, las conversaciones se acallaban, para volver a empezar cuando volvía la espalda. Era una situación de hecho y el alcaide y sus ayudantes no llevaban la prohibición a términos exagerados. No se permitía hablar, pero en realidad *se hablaba*.

—¿Qué hay? —preguntó Mac Tamish hundiendo su cuchara sin filo en el plato.

—Ha llegado un nuevo cargamento esta tarde. Viene alguien que

te interesa.

—¿Quién?

El Hurón lanzó una mirada circular.

—Dos mesas a mi izquierda, enfrente. Un tipo alto, con el pelo rojo.

Greg miró en la dirección que Pete le señalaba. El hombre era un verdadero gigante, de pelo color cobre, narices aplastadas y ojos de un vivo azul.

—No lo conozco. ¿Por qué dices que me interesa?

—¿No sabes quién es? Mataste a su hermano.

La cuchara de Mac Tamish quedó a medio camino entre el plato y su boca.

—Come —ordenó el Hurón—. No te quedes mirando, estúpido. Come.

Uno de los guardias se había aproximado por detrás de ellos.

—Cállese, seiscientos veintitrés. ¿Quiere volver a la celda sin comer?

—Perdone, señor Gennaro.

—Y usted, Mac Tamish, ¿qué le pasa? ¿No le gusta la comida?

—Perdone, señor Gennaro.

El guardián se alejó, balanceando la porra de madera recubierta de cuero.

Mac Tamish se llevó la cuchara a la boca, pero había perdido el apetito. Las patatas y la carne le repugnaban en ese momento.

—No maté a su hermano —dijo.

—Bueno, ayudaste a pasaportarlo, ¿no? Pues ése es Jagger.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo conocí hace tiempo. Es él.

—¿Sabe que estoy yo aquí?

Hablaban sin levantar la mirada, entre cucharada y cucharada, moviendo apenas los labios.

—Yo qué sé. Pero no tardará en saberlo.

—Pero...

—Cállate. He terminado.

Mac Tamish sabía que era completamente inútil insistir. El Hurón le había hecho llegar la noticia y ya se consideraba cumplido. Lo que ocurriese después entre los dos hombres no le concernía ya en absoluto. Era algo a solucionar entre ellos.

La cena terminó. Ahora llegaba la larga noche de doce horas, a solas en su celda.

Otra vez el mismo ceremonial, hasta que se vio dentro de ella. Oyó cerrarse las puertas de acero y se encontró solo. A no ser que se pusiese muy enfermo, ya no vería a nadie hasta las siete de la mañana siguiente.

Encendió un cigarrillo y se sentó sobre el camastro.

Jagger...

Jagger, el hermano de Lynn, estaba allí, en la misma galería que él, separado por unos cuantos pies, todo lo más, por un par de centenares de pies.

El hermano de Lynn Jagger...

Sí, Mac Tamish sabía que Lynn tenía un hermano, pero ni siquiera conocía su nombre. Y sabía de la existencia del hermano, porque Lynn, cuando boqueaba entre dos estertores, les había dicho que su hermano lo vengaría, que les arrancaría el corazón.

A Layers y a él. Les arrancaría el corazón a ambos.

Y luego, Lynn murió, con el estómago reventado por cuatro balas.

Mac Tamish tragó saliva. Sentía la garganta seca y el vello de los brazos erizados pese a que no hacía frío en la celda.

Aún no tenía miedo. Sólo ansiedad. Ansiedad por saber lo que iría a ocurrir después. Jagger, el hermano de Lynn, allí. ¿Qué podía hacer?

Oh, podía hacer muchas cosas, Greg sabía que las podía hacer. Sabía de hombres asesinados en el patio, en el comedor, en las cocinas, en el lavadero, en los talleres... En cualquier sitio, en cualquier rincón, un cuchillo podía buscar el estómago de un hombre, o su corazón, o sus órganos genitales, o una llave inglesa destrozarle la cabeza, o un trozo de cristal degollarlo...

Eran muchas las maneras como podía morir un hombre en Fort Hamilton, y Greg Mac Tamish no las conocía todas aún. Ignoraba, pero sabía que las había, y no podría prevenirse de ellas sin conocerlas.

No, aún no sentía miedo. Sólo ansiedad por saber en qué momento el recién llegado se enteraría de que estaba metido en la misma «caponera» que el hombre al que se suponía asesino de su hermano.

Aplastó el cigarrillo. Había traído el tratado de derecho para continuar estudiando por la noche, pero cada vez que intentó concentrarse en él, se encontró pensando en otra cosa.

En Lynn Jagger, desangrándose sobre el suelo, reuniendo las últimas fuerzas que le quedaban para abrir la boca y escupirles su última maldición:

—¡Mi... hermano... os arrancará el... cora... zón!

CAPÍTULO II

La hora del paseo por la mañana, en invierno, era de once a doce. La jornada de trabajo en los talleres comenzaba a las siete de la mañana.

Mac Tamish dejó la biblioteca y salió al patio a las once en punto, junto con los otros presos que trabajaban en el resto de los servicios comunes.

Encendió un cigarrillo y paseó durante un cuarto de hora. En cuanto se formaba un grupo de más de cuatro hombres, un guardián acudía para disolverlo.

El Hurón, juntamente con otro, estaban sentados con la espalda pegada al muro en que daba el sol. Fumaban apaciblemente.

Mac Tamish se puso en cuclillas junto a ellos. El Hurón le lanzó una rápida ojeada.

—¿Nervioso?

—No.

—Yo lo estaría. Jagger ya sabe que estás aquí.

—¿Quién se lo ha dicho?

Pero aun antes de terminar la frase sabía que era completamente inútil. El Hurón no era un delator.

—¿Qué importa? El caso es que lo sabe.

—Yo no maté a Lynn Jagger.

—Bueno. Pero si su hermano lo cree...

Mac Tamish dio una última chupada a su cigarrillo. Un guardián se acercaba. Los miró con las cejas fruncidas, más por costumbre que por irritación, y se alejó con el mismo paso lento.

—Pete, alguien podría decirle a Jagger que no maté a su hermano.

—Puede. Alguien que lo supiera de cierto.

Abrió su boca desdentada.

—Y, ¿quién lo sabe de cierto?

—Yo, Pete, y te lo digo a ti.

—Bueno.

—Házselo saber.

—Si puedo... Pero no me va a creer, Greg.

—Hazlo de todas formas.

Greg se puso en pie. Un hombre enorme, de pelo rojo que brillaba al sol, con la nariz aplastada y torcida, se aproximaba. Al llegar junto a ellos, sus ojos azules se fijaron en Mac Tamish. No había expresión alguna en las pupilas de Jagger.

Durante casi un minuto las miradas de ambos chocaron. Luego, Jagger se alejó de nuevo, colgando los enormes brazos terminados en manos nudosas.

—No —dijo Pete—. No creo que vaya a creerlo él.

¿Sería aprensión suya? A Mac Tamish le pareció que otros reclusos lo miraban durante el paseo. No con animosidad, no. Quizá... quizá con lástima.

* * *

—Mac Tamish —dijo el alcaide—. ¿Qué diablos le ocurre a usted?

Estaban en el despacho del supremo dios del penal. Los ojos grises del director estaban fijos en los de Greg. Éste, firme, con la gorra en la mano, callaba.

—Vamos, conteste.

—Nada, señor. No sé qué me ocurra nada.

—Mac Tamish, llevo muchos años al cargo de esto. No hay muchas cosas que yo no sepa de mis hombres o de los penados. No, no hay muchas. Y a usted le ocurre algo.

—No lo sé, señor.

—Mac Tamish, es usted uno de los presos a los que se han concedido más privilegios. Le faltan a usted doce meses para salir de aquí, y con alguna condonación, si las hay en ese tiempo, puede quedar reducida su condena en la mitad.

—Sí, señor.

—Durante estos cinco años en que lo he tenido aquí, no ha

habido ni una sola queja acerca de usted. Ha cumplido y ha empleado su tiempo en estudiar. Cuando salga, una vez acabada su condena, podrá reincorporarse a la vida con un bagaje completamente distinto al que traía cuando entró. ¿Quiere estropearlo todo ahora?

—No, señor. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Hágala, Mac Tamish.

—¿Hay alguna queja de mi comportamiento?

—De su comportamiento, no. De su eficiencia, sí. El bibliotecario me ha dicho que no atiende usted el departamento como antes lo hacía. Está distraído, se equivoca, falta al trabajo. ¿Qué es lo que le ocurre, Mac Tamish? Quiero que me lo diga. ¿Está enfermo?

—No, señor. No creo estarlo, al menos.

Los ojos del alcaide eran los de un hombre que conoce a la gente. A Greg le pareció que le estaban adivinando el pensamiento.

—Si no está enfermo, ¿qué es lo que le ocurre?

—Nada, señor.

—Está bien. Si no quiere decirlo, no lo haga, pero le advierto que si se tuerce, sólo usted saldrá perdiendo. Si el bibliotecario no está conforme con usted, tendré que quitarle los privilegios y enviarlo de nuevo al taller. No creo que eso le sea muy útil para sus estudios de abogacía.

—Procuraré cumplir con mi deber, señor.

Cerró la boca y no dijo una palabra más. El alcaide le dijo que podía retirarse. Cuando lo hizo, se volvió hacia el senador Bowles.

—No me gustaría que ese chico se torciese. Aparte de que ha sido uno de los mejores penados que he tenido aquí, siempre es agradable para un alcaide saber que la gente que ha estado bajo su gobierno, pueda llegar a ser alguien útil a la sociedad al ser libre de nuevo.

—¿Qué hace? —preguntó el senador.

—Ha estudiado derecho, aquí en la cárcel. Cuando salga tendrá terminada la carrera. ¿Qué le parece? Y ahora, de pronto, ha comenzado a distraerse, a cumplir mal... Claro que no pienso enviarlo de nuevo al taller por unas cuantas distracciones, y quitarle los privilegios, pero deseo que él crea que puedo hacerlo en cualquier momento. Eso lo mantendrá en el buen camino.

Hizo una pausa. Miraba por la ventana, distraídamente.

—Algo le ocurre, y ese algo tiene que ver con... Estos malditos tienen sus leyes, ya sabe usted, sus propias leyes que obedecen con un entusiasmo que bien podrían haber empleado para obedecer las otras, las verdaderas. Ese chico está preocupado por algo, pero no hablará. Se lo prohíbe su propio código.

—¿Qué hizo? —preguntó el presidente de la comisión senatorial de redenciones—. Quiero decir: ¿Por qué se encuentra aquí?

El alcaide se volvió hacia él, con una arruga de preocupación en las comisuras de la boca.

—No estuvo muy claro, senador. Ya sabe usted que nosotros, los funcionarios de las prisiones, no nos metemos en esas cosas. A nosotros nos traen un individuo, y nuestro deber es hacer que cumpla su condena, no meternos en si es inocente o no. Naturalmente, todos ellos son inocentes, según ellos mismos, y nosotros sabemos que es mentira, casi siempre.

Hizo una pausa.

—Pero este caso especialmente... Estudié el proceso. No estuvo nada claro que Mac Tamish matase a aquel pandillero. Lo más probable es que fuese el otro. La policía sabía que había otro hombre con Mac Tamish cuando mataron a aquel tipo...

—De todas formas, si usted decide borrarle de la lista de los prepuestos para la condonación, hágamelo saber —dijo el senador por el Estado.

—No, no, ni mucho menos. Lo que haré será vigilarlo estrechamente. Siempre es una buena cosa para nosotros el poder presentar presos modelos.

—Es que su penitenciaría es de las mejores del país —respondió el senador, que sabía que el voto del alcaide era uno de los que más pesaba en la ciudad, y las elecciones estaban cerca.

* * *

Mac Tamish estaba parado, en posición de firme, ante el bibliotecario. Éste, un hombre que no vivía en la prisión y que por lo tanto le fastidiaba el tiempo que tenía que pasar en ella, lo miraba con severidad.

—Si ha creído que por ser usted el único que puede ayudarme

voy a permitirle hacer lo que le de la gana, está equivocado, Mac Tamish, se lo advierto.

—No he creído nada de eso, señor.

—Cállese y no me conteste. Me he encontrado abandonados los ficheros y las estadísticas. ¿Para qué diablos se cree que lo nombré ayudante mío?

Mac Tamish estaba demasiado preocupado. En realidad, apenas atendía lo que el otro le decía y el bibliotecario se dio cuenta.

—Mucho cuidado, Mac Tamish, mucho cuidado. Lo despojamos de sus privilegios en cuanto se descuide un tanto así.

—Lo siento, señor.

* * *

—¿Qué ha dicho, Hurón?

—No ha dicho ni media palabra. Me ha mirado y se ha callado.

El sol se desparramaba sobre los dos hombres. Los grupos de penados, una densa masa gris, se movían perezosamente.

—Hurón, ¿qué crees que puede hacerme..., si es que quiere hacerme algo?

—No lo sé, muchacho. No me preguntes.

—¿No puedo contar contigo para el caso de que...?

—Eso es una cosa a arreglar entre vosotros dos, muchacho.

El Hurón era uno de los hombres más característicos del penal. Era un antiguo ladrón que conocía todos los traeos, y al que solamente habían cogido tres veces. Pero por esta última, debido a la ley de las condenas acumulativas, le habían salido diez años. Tenía un gran ascendiente entre todos los reclusos de su galería e incluso entre los de las otras.

—¿Quieres decir que no me ayudarías?

—No, muchacho. Eso es cosa a arreglar entre vosotros.

—Comprendo —dijo amargamente Mac Tamish. El había hecho por el Hurón muchos menudos favores que el otro parecía haber agradecido. Pero ahora...

—Pero —dijo el Hurón dirigiéndole una oblicua y rápida mirada —, si me entero de que se propone algo... te avisaré con tiempo. Ayudarte de otra forma no puedo hacerlo, muchacho.

La idea de acudir al alcaide ni se le había ocurrido a Greg.

Precisamente por no ser un delator, estaba en la prisión. Pero comprendió que algo tenía que hacer, y pronto.

—Hurón —dijo—. Quiero hablar con ese hombre. Y quiero que estés tú delante.

El otro volvió a mirarlo de una manera furtiva.

—Estaba pensando cuánto tiempo tardarías en darte cuenta de que eso es lo que tienes que hacer. Bien, yo estaré delante. Ese tipo tendrá que respetar las leyes de la «caponera». Tiene que oírte.

—Hurón, ¿hay alguien más que tenga algo contra mí?

—Que yo sepa no, muchacho.

Eso le quitaba un peso de encima. Porque si fuesen varios los hombres que anduviesen buscando su piel... La cosa es tan fácil... Se promueve una pendencia en un rincón del patio. Los guardianes acuden allí. Hay una gran confusión, los trajes grises corren de un lado para otro y... cuando renace la calma, hay un hombre tendido en el suelo, muerto de una cuchillada, o estrangulado con un alambre. Y nadie sabrá jamás quién ha sido el asesino.

Pero a él no lo cazarían de aquel modo. Para una justicia así hacen falta muchos, docenas de hombres. Y al parecer sólo Jagger estaba contra él. Al parecer... Claro que siempre hay imponderables.

—Mañana —dijo Mac Tamish.

—Está bien. Mañana. Si a él le parece bien, naturalmente.

Aquella tarde, en la biblioteca, a la hora de lectura, Mac Tamish atendió a su trabajo con algo más de tranquilidad.

Si solamente pudiera convencerle... Greg no sentía miedo, ni mucho menos pánico. Pero quería explicarle a aquel hombre que él no había sido. Al menos, técnicamente, aun cuando las órdenes de Layard y de él eran las de matar a Lynn. Pero no había sido él, Mac Tamish, el que había apretado el gatillo de la pistola.

Todo esto tenía que decírselo a Jagger al día siguiente.

Pero ¿lo creería Jagger?

CAPÍTULO III

El buen tiempo se había acabado. De las montañas llegaron rachas de aire frío, y el cielo se encapotó. Parecía avecinarse la nieve.

No obstante, el paseo por el patio no se interrumpió. Cuando Mac Tamish salió, juntamente con su grupo, se metió las manos en los bolsillos, y se levantó el cuello de la chaqueta de dril.

Anduvo lentamente, dirigiéndose hacia uno de los muros, resguardado del viento. Le pareció observar miradas de soslayo en algunos de los penados con los que se cruzó, pero no se detuvo. A aquellas horas, el invisible, pero efectivo telégrafo de noticias de la penitenciaría, había hecho correr la noticia de que Jagger tenía una cuenta pendiente con él, y que ambos se iban a reunir.

Pete *el Hurón* estaba sentado con la espalda apoyada en el muro. Nadie lo acompañaba en esta ocasión. Una especie de vacío se había hecho a su alrededor. Los demás los dejaban en libertad para que la entrevista pudiera llevarse a efecto. El código era severo: Jagger y Mac Tamish tenían derecho a entenderse sin interferencias extrañas. Era asunto de ambos y ellos tenían que resolverlo.

Greg se sentó junto al viejo. Éste masticaba un cigarrillo que no había encendido.

—¿Vendrá? —preguntó Mac Tamish sin mover apenas los labios.

—Sí.

Jagger se aproximaba, balanceando les nudosos brazos. A su paso, los grupos se abrían para volverse a cerrar inmediatamente.

Llegó frente a ellos y quedó en pie. Una colilla apagada le colgaba de la comisura.

—Siéntate —le dijo Pete.

El recién llegado no lo miraba a él. Sus ojos azules estaban fijos en Mac Tamish, pero no había expresión alguna en ellos. No hizo un

solo movimiento para obedecer al Hurón.

—Bien —dijo, por fin. Tenía una voz ronca, sin inflexiones, curiosamente apagada.

—Habla, Greg —dijo el Hurón.

—¿Quién te mete a ti en esto? —preguntó Jagger.

—Mac Tamish me lo ha pedido. No tengo nada que ver con ello, Jagger.

—Pues no te metas, como te llames. Y tú, ¿qué quieres?

—Jagger —empezó Mac Tamish—, habrás oído decir...

—¿Qué?

—Algo sobre mí y sobre tu hermano.

—¿Qué?

Greg comenzó a ponerse nervioso. Aquellos ojos azules, fijos, como un par de cuentas de vidrio resultaban positivamente turbadores.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé. ¿Qué pasa con mi hermano?

Mac Tamish tiró el cigarrillo que tenía entre los dedos.

—Si te lo tomas así...

—¿Cómo tengo que tomarlo?

Por un momento, la idea de que Jagger fuera un retrasado mental, cruzó por la mente de Greg. Podía serlo. Se preguntó si podría convencer a algunos de los muchachos de la oficina del psiquiatra del penal para que le dejase ver los tests de inteligencia que le habrían hecho al gigante. Por ellos podría saber si era algo más que un idiota o estaba fingiendo. Aquellos tests eran obligatorios para todos los penados.

—Olvídelo.

—¿Para eso me querías? ¿Qué tenías que decirme acerca de mi hermano?

—Nada ya. Olvídalo.

—Pues, no lo entiendo.

Seguía allí, mirándolo como si esperase una explicación. El Hurón encendió un cigarrillo y cerró los ojos, con la cabeza apoyada contra el muro.

—Está bien. ¿Quieres un cigarrillo?

El otro lo aceptó, lo encendió y dio media vuelta. Un momento después se había perdido entre los grupos.

Greg se volvió hacia Pete.

—¿Qué te parece? —preguntó.

El Hurón se encogió de hombros.

—Ya lo ves —respondió sin comprometerse.

—¿Es un tonto?

—No tengo yo esa idea. Pero puedes pensar lo que quieras. Al menos puedes estar tranquilo. No parece importarle lo que pasó.

Greg no respondió.

Aquella tarde, en la biblioteca, se las arregló para colocarse junto a Lemmon, uno de los muchachos de la oficina del psiquiatra. Le hizo con los dedos la señal de que quería hablarle, y el otro, que iba a pedir un libro, pareció dudar entre lo que debería escoger. De esa manera las cabezas quedaron juntas frente al fichero.

—¿Puedes decirme el resultado de los tests de un tal Jagger?

—Eso es demasiado largo —respondió Lemmon—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Qué coeficiente de inteligencia tiene?

—Ciento veintiocho —respondió Lemmon sin vacilar. Como todos los reclusos, había oído hablar del asunto y debía haber hecho investigaciones por su cuenta.

—¿Eso es normal?

—Sí. Un poco por encima, quizá.

—O sea, que no es un tonto.

—Ni mucho menos. ¿Es que lo crees tú?

—No importa. Gracias.

Volvió a su sitio, después de darle a Lemmon el libro que pidió.

128 de coeficiente de inteligencia. La actitud de Jagger sólo podía obedecer a un propósito determinado: el de hacerse pasar por un simple. Y eso sólo podía querer decir una cosa: estaba preparándose para algo.

Mac Tamish sintió frío, pese a que no lo hacía en la biblioteca. Tenía la boca seca.

Necesitaba hablar con Jagger de nuevo. No tenía más remedio. La situación debía ser aclarada. Y comenzó a pensar cómo lo haría. No podía volver a provocar una entrevista, porque aquél se negaría a ello. Tenía que arreglárselas de otra manera.

A la mañana siguiente, cuando salieron de las celdas, mientras estaban en pie junto a las puertas esperando el toque que les

indicase que debían echar a andar, el hombre que había detrás de Greg, le dio un ligero golpecito en el brazo. Tenía algo en la mano.

Greg lo cogió, y lo retuvo dentro de la suya. Era un papel.

No pudo leerlo hasta una hora después. Una mano anónima había escrito en él lo siguiente, con letras de imprenta:

«Jagger quiere liquidarte. Está buscando gente que le ayude».

Nada más.

Mac Tamish tragó saliva penosamente. Bien, aquí estaba ya la cosa. Jagger buscaba cómplices para cargárselo.

Había varias cosas que podía hacer. Una de ellas tratar de hablar de nuevo con Jagger. Otra, procurar defenderse por todos los medios. La tercera... La tercera no podía siquiera pensar en ella. Consistía en pedir al alcaide que lo protegiese. Naturalmente le preguntaría que contra qué, y entonces tendría que dar el nombre de Jagger. Eso equivalía a una denuncia, y esas cosas se pagan, según el código penal, con una cuchillada en el corazón.

Necesitaba hablar con Jagger, y pronto.

Aquella misma tarde, trató de averiguar quién le había escrito la nota, pero fue completamente imposible. Ya se lo imaginaba. Se le avisaba, pero nada más. Si alguien quería hacerle llegar otro aviso, lo haría, pero él no sabría jamás quién lo había hecho. Y aún podía agradecer que lo hubieran avisado.

Si procuraba no acercarse a Jagger, y que él no se le acercara tampoco, y siempre que Jagger no contase con cómplices, podría ir sorteando la situación. Pero ¿y si Jagger compraba a alguien? Entonces, no tendría defensa. Podrían envenenarle la comida, podrían... Podían hacer muchas cosas.

Jagger había sido destinado a los talleres. Al parecer en alguna época de su vida había sido mecánico. Aquella misma tarde, Greg tuvo una idea.

La encuadernación estaba junto a los talleres, en un pequeño espacio, ya que no había más que dos reclusos en ella. No se necesitaban más para los libros que se encuadernaban.

Mac Tamish había ido muchas veces allí, para llevar libros o

para recogerlos. Tal vez, si tenía un poco de suerte, podría pasar al otro taller y tratar de hablar a Jagger.

Sí, eso es lo que podía hacer. *Eso* era lo que tenía que hacer.

Pero tenía que ser aprisa. Lo más rápidamente posible.

A la mañana siguiente pidió permiso al bibliotecario, que llevaba varios días yendo al trabajo, para desplazarse al taller de encuadernación. El bibliotecario le firmó el pase, y con él en la mano, Greg se dirigió hacia la zona de los talleres.

En la encuadernación se entretuvo solamente unos minutos. El guardián le firmó el pase indicando a la hora en que había salido de allí, y entró en el gran taller donde se fabricaban muchas de las cosas que la prisión consumía.

No era la primera vez que iba allí. Los vigilantes no eran excesivamente severos, excepto con aquellos reclusos sospechosos de ser ladrones o díscolos.

Lanzó una mirada a su alrededor. El taller era una sala enorme, provista de maquinaria para el calzado, una pequeña imprenta donde se tiraba el boletín y un torno en el que se ajustaban piezas necesarias para la calefacción y la cerrajería. Por todo lo alto del taller corría un pasillo volado, con una barandilla de tubo de acero.

Se detuvo. Allí se permitía hablar, y entre las conversaciones y el sonido de las máquinas, aquello parecía una colmena. Cambió un saludo con uno de los presos que lo miraba y siguió buscando con la vista a Jagger.

En ese momento, el preso, un zapatero que trabajaba con la cosedora de calzado, abrió mucho los ojos. Un sexto sentido le hizo a Greg alzar la mirada.

Dio un salto de costado y ello le salvó la vida. Una pesada llave inglesa se estrelló a su lado, levantando esquirlas del cemento del piso.

Las conversaciones de los que estaban más cerca, cesaron. Un guardián acudió corriendo con la porra en la mano.

—¿Qué ha pasado? —rugió.

Greg, muy pálido, no contestó. Miraba la pesada llave que yacía en el suelo. Luego levantó la mirada. En la galería volada de lo alto, varias caras curiosas se asomaban. Una de ellas era la de un hombre pelirrojo, con ojos azules.

—¡Vamos! ¿Qué ha pasado? —siguió preguntando el vigilante—.

¿De quién es esto?

Otros dos guardias se acercaban, mientras un grupo de ellos, con las armas preparadas por si acaso aquello había sido el principio de un motín, se colocaban en los lugares estratégicos.

—Mía —dijo Jagger—. Se me ha caído, señor...

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó el guardia volviéndose a Greg—. Vamos, enséñeme el pase.

Greg se lo mostró.

—¿Por qué has entrado aquí? Daré parte de ti.

—He venido solo un momento para preguntar por un par de botas que me estaban arreglando —dijo Greg.

—Así es, señor —dijo el preso que cosía a máquina los zapatos—. Le iba a decir que ya estaban casi terminados.

El guardián comprendió que le estaban mintiendo, pero muchas veces, cuando lo que había ocurrido no tenía más consecuencias, valía más dejar las cosas como estaban que investigar demasiado. Las órdenes del alcaide en ese aspecto, eran bien claras. Era preferible admitir una pequeña mentira que dar ocasión a los reclusos a enfadarse. Nunca se sabía si una pequeña causa podía producir grandes efectos en gente que llevaba años allí metida.

—Vete —ordenó—. Que siga el trabajo. Vamos, seguid el trabajo.

Greg se retiró hacia la puerta. Aquel guardián era el responsable del taller y no convenía ponerse enfrente de él. El hombre se volvió hacia la galería.

—Y tú —chilló dirigiéndose a Jagger—. Lleva cuidado con las herramientas. Si esa llave se ha estropeado, vas a tener un disgusto.

Mac Tamish retornó lentamente hacia la biblioteca. Sí, aquélla había sido una buena idea, pero no siempre las buenas ideas van acompañadas de buenos resultados.

CAPÍTULO IV

No quedaba, pues, más que un recurso, uno solo. Ahora ya había podido comprobar que Jagger estaba dispuesto a todo, que iba «por él». Si este último fallaba... Bien, entonces ya no sabría qué hacer.

Había visto en las miradas de muchos de los penados una expresión que llegara a conocer bien al cabo de aquellos años en prisión. Sencillamente, lo consideraban como muerto. Para ellos, Greg había dejado de ser un hombre vivo. Se movía, andaba, comía y trabajaba, pero en realidad... estaba sentenciado.

Apenas podía dormir, pese a que su celda, de noche, era en realidad el sitio más seguro de toda la penitenciaría. Pero se despertaba de pronto bañado en sudor.

No tenía miedo, porque no era un cobarde, pero no quería morir por algo que no había cometido. Le resultaba repulsiva aquella idea. Había ido a la cárcel callando, pese a que no había sido él quien apretó el gatillo de la pistola que acabó con la vida de Lynn Jagger. Y había ido porque si delataba al verdadero asesino, a Layers, un día u otro aparecería en el río o en un descampado con una bala en la cabeza. Por eso, cuando lo condenaron a siete años, calló.

Pero ahora se trataba de su propia vida. Iba a morir, sin ser culpable.

A solas, en su celda, escribió velozmente en un trozo de papel, lo dobló hasta convertirlo en algo tan pequeño, que podía ser ocultado en cualquier parte, en la costura de la ropa, en la misma boca, y esperó a la mañana.

Cuando comenzó el trabajo en la biblioteca, esperó hasta que llegó Lemmon. Lo mismo daba uno que otro. Se las arregló para darle el papel. Lemmon lo tomó antes de preguntar nada. Aquello también formaba parte del código penal.

—¿Para quién? —interrogó, hablando con los labios apretados, casi sin moverlos.

—Tiene que llegar a Jagger.

Llegaría. Había muchos medios, uno de los cuales era pasarlo de mano en mano diciendo el nombre del destinatario o su número. Más tarde o más temprano, Jagger lo recibiría.

—Está bien —respondió Lemmon.

¿Cuánto tiempo pasaría? Lo ignoraba. Mientras tanto, tenía que armarse de paciencia... y de valor. El segundo no le faltaría, pero la primera...

Fue al cabo de dos días, mientras estaba en el patio. Fumaba nerviosamente, mirando al cielo, que poco a poco se iba cubriendo de nubes.

Estaba tan distraído que apenas se dio cuenta de que el otro se había acercado. Cuando miró, estaba a su lado, enorme, en su traje gris, las manos, grandes como palas de hornero, cubiertas de vello rojo.

Mac Tamish tragó saliva. Iba a abrir la boca, cuando el otro se le adelantó.

—¿Crees que eso te va a salvar, maldito embustero?

—No te he mentado, Jagger. No maté a tu hermano. No fui yo. Fue Layers.

—Mientes. Mientes para salvar la cochina pelleja. Pero la voy a cobrar. Más tarde o más temprano, te haré un agujero en ella.

—Fue Layers, Jagger. Yo estaba con él, sí; pero no le apunté siquiera con la pistola. Fue él. Disparó sobre Lynn cuatro veces. Luego tiró la pistola y salió corriendo. Los policías llegaron un momento después y me encontraron a mí junto a tu hermano. Los dos llevábamos guantes. No había huellas. Me cogieron.

—Estás mintiendo, pero no te va a valer de nada. Pero antes de que acabe contigo, me vas a decir por qué tuvisteis que matar al chico. ¿Por qué?

—Wilcox lo ordenó.

—¿Wilcox?

—Tú no lo conoces —dijo Greg apresuradamente—. No eres de allí. Tu hermano había hecho... había hecho trampas en el juego. Ya ves que te lo estoy diciendo todo. Había hecho trampas en una de las mesas de dados de Wilcox, y se alzó con casi veinticinco mil

dólares. Wilcox dijo que tenía que morir, que eso a él no se lo hacía nadie. Nos envió a Layers y a mí.

Hizo una pausa. Pero aquellos ojos azules eran absolutamente inescrutables.

—Yo era..., yo era muy joven. Wilcox quiso probarme. Pero eso no importa, no te importa a ti. No maté a tu hermano, ni pensaba hacerlo. Fue Layers el que apretó el gatillo. Cuatro veces, hasta que estuvo seguro de que había muerto. Luego, tiró la pistola y huyó.

Un guardián se aproximaba. Pete el Hurón, diez yardas más allá, parecía absorto en su cigarrillo, pero Greg sabía que no perdía uno solo de los gestos de ambos. Se encogió de hombros.

El guardián los miró y continuó su ronda. El frío era intenso.

—Y estabais los dos solos —dijo Jagger—. Y nadie vio lo que ocurrió. Es muy fácil decir eso ahora.

—Estábamos solos —asintió Mac Tamish—. Pero Layers estaba vivo hace muy poco tiempo. Y Wilcox está vivo.

—Y yo en la cárcel y no puedo preguntarles. Estás mintiendo. Pero no te va a valer de nada cuando te pueda poner las manos encima.

Mac Tamish hizo un gesto con las manos.

—No te puedo decir otra cosa, Jagger, sino insistir en que yo no maté a tu hermano. Nunca lo hubiera hecho. Yo conocía a tu hermano, y no era mal chico; aunque le gustaba demasiado el dinero fácil, y cuando pudo trucar los dados y quedarse con las ganancias, se cegó. No lo hubiera hecho. Yo no lo hubiera matado nunca.

Jagger dio media vuelta y se alejó con la cabeza caída sobre el pecho y sin añadir una sola palabra.

Ya estaba. Más no podía hacer. La tensión en que había estado todos aquellos días, cedió. Lo que pudiese ocurrir después, era ya algo en lo que él no podía tener participación.

Y todo ello cuando le faltaba tan poco tiempo para terminar su condena. Y después de que durante todos aquellos años había estado estudiando para poder reintegrarse al mundo libre sin necesidad de verse obligado a seguir los mismos pasos que lo habían conducido aquí.

Tener tan cerca la meta y verse obligado a esperar el fin...

Se encogió de hombros. Bien, sucediera lo que fuese después, ya

no podía hacer nada por evitarlo.

Febrero acabó con una nevada que puso cinco pulgadas de blancura sobre los campos que rodeaban Fort Hamilton. Greg Mac Tamish continuó con su trabajo en la biblioteca, y siguió estudiando Derecho criminal.

Hasta el primero de marzo.

Vio entrar a Jagger en la biblioteca, lo que no había hecho jamás en el tiempo que llevaba en la prisión. Desentonaba allí como un elefante en un camerino de artistas, pero ello no parecía importarle en modo alguno.

Mac Tamish se acercó lentamente a él. El otro lo miró con sus ojos azules, tan impasible como siempre.

—Quiero, este libro —dijo enseñándole un papel. Debajo del título de un tratado de agricultura práctica, había escrito, con mano poco hábil las siguientes palabras: «Mañana por la mañana, en el patio».

Mac Tamish le dio el libro, mientras el otro volvía a guardarse el papel en el bolsillo. Luego, Greg volvió a su sitio.

Bien, allí estaba. No podía ni imaginarse para qué lo quería Jagger, pero desde luego no sería para matarlo en el patio, a no ser que contase con un buen número de cómplices que lo tapasen mientras lo hacía.

Y no debía contar con ellos, o poco conocía Greg del presidio. Si se sabía que alguien era un soplón, saldrían voluntarios a centenares para acabar con él o para ayudar a hacerlo. Pero aquélla era una cuestión particular entre Jagger y él. Y aun en el caso de que Jagger dispusiese de dinero para pagar cómplices, éstos no podrían ser muchos.

Bien, si no asistía a la cita, Jagger encontraría la manera de llegar hasta él. ¿Qué podía perder? Iría, pues.

Jagger lo esperaba. Tenía en la boca el eterno cigarrillo que se quemaba solo.

No hubo preámbulo alguno.

—Dices que no mataste al chico. Vas a tener ocasión de probarlo.

—¿Cómo?

Jagger lanzó una mirada casual a su alrededor.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—No.

—Por robo. Mi condena es corta, pero no pienso cumplirla entera. Voy a salir de aquí.

Mac Tamish no debía preguntar cómo. Eso era algo que jamás se preguntaba allí. O se estaba en el asunto, o no se estaba. Si se estaba, ya se conocía la manera. Si no, más valía no enterarse. Lo que no se sabe no se puede repetir después.

—Y tú —añadió el gigante— vas a venir conmigo.

Greg hizo un movimiento.

—Acabo este mismo año —dijo articulando lentamente las palabras—. No quiero marcharme sino cuando me abran ellos la puerta.

Los ojos azules no perdieron su impasibilidad.

—Vendrás conmigo —repitió—. Eso, o...

—Escucha —dijo Greg—. Te he dicho la verdad. Si esperas a que los dos estemos fuera, podremos buscar las pruebas de que no te he engañado.

—Si no me has mentido, cuando salga de aquí voy a buscar a esos hombres y a matarlos con mis propias manos. Así que no me importará después volver. No me importa, Mac Tamish. Por eso, lo mismo me da salir ahora que esperar a cumplir la condena. Y tú vas a venir conmigo, porque si me has mentido, quiero tenerte cerca cuando lo descubra.

Greg, pese al frío, sintió que la espalda se le empapaba en sudor.

—No —dijo—. No quiero salir hasta no haber terminado la condena.

—Entonces —le dijo el gigante—, no llegarás a cumplirla vivo. Puedes elegir. A mí, me da lo mismo.

Lo miró, y frunció levemente las cejas color de arena.

—Para mí es casi mejor. Aquí puedo acabar contigo y nadie encontrará prueba alguna contra mí. Habré vengado al muchacho. Afuera, probablemente me cogerían, y esta vez no escaparía con un par de años, sino que me pudriría en la «caponera» para toda la maldita vida, si no me achicharraban en la silla caliente.

Hizo una pausa.

—Sí, para mí es mejor acabar aquí contigo, porque si no quieres salir, es porque me has mentido, y fuiste tú quien despenó a mi muchacho. En ese caso, me habré vengado.

—Espera —dijo Greg—. No te he mentado, y no sé cómo diablos voy a hacer que me creas, pero lo que no quiero es volver a entrar aquí con la sentencia recargada por fuga. Es sólo unos meses lo que habríamos de esperar.

—No quiero esperar. Ahora ya lo sabes. O vienes, o no vienes. Si no vienes, ya sabes lo que te ocurrirá. Si aceptas, házmelo saber dentro de esta misma semana.

Dio la vuelta y se alejó.

Las mallas de la red se habían ido cerrando en torno a él. Greg sintió unos deseos casi enloquecidos de gritar, se dominó con un considerable esfuerzo de su voluntad.

Lo que tenía que hacer era pensar. Debía haber una solución.

Debía haberla, sí; pero ¿cuál?

Sí, la había. Si escapaba y encontraban a Layers, y éste confesaba... Bien, entonces tendría la prueba de que había sido condenado injustamente. Tendrían que ponerlo en libertad. Sería libre. Sí.

CAPÍTULO V

Los camiones cargados, de comestibles, tenían la entrada por la fachada norte de Fort Hamilton. Tras de atravesar dos poternas que se abrían eléctricamente cuando el jefe de los vigilantes daba la orden, llegaban, por un ancho corredor, al gran patio de descarga.

Allí, mientras los conductores tomaban café en la pequeña cantina, una larga fila de reclusos comenzaba a vaciarlos.

Todos los días, un convoy de camiones penetraba en la prisión y se sometía a las rigurosas formalidades. Terminada la descarga, firmados los comprobantes de recepción, y después de que los grandes vehículos habían sido registrados por los guardianes, los camiones volvían a atravesar las dos poternas para tomar a la ciudad.

El suministro se había efectuado. Las casas que tenían la contrata eran serias y escrupulosas en sus tratos. Pocas veces había habido alguna reclamación por parte de las autoridades del penal.

Aquella mañana, el primer camión, cuando tomaba la curva, en el patio, para colocarse ante la puerta de descarga, frenó bruscamente. El conductor masculló una maldición y su ayudante sacó inmediatamente la mano por la ventanilla para hacerles señas a los otros de que frenasen y no chocasen con su trasera.

Uno de los guardianes que estaba custodiando la fila de presos preparados para comenzar la descarga se acercó.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No lo sé —respondió el conductor—. Esto no marcha.

Probó una y otra vez con el encendido. Inútil.

—Tengo que mirarlo —dijo, abriendo la portezuela y bajándose.

—Los otros tienen que descargar —objetó el guardia—. ¿No puede usted retirar el camión para que vayan haciéndolo?

—Présteme gente y quizá podamos moverlo a un lado.

El camión era muy pesado, pero una larga fila de presos se colocó a sus costados y detrás de él y entre todos consiguieron apartarlo del camino.

—Lo podemos descargar desde aquí —dijo el conductor, que estaba ya hurgando en el motor—. Me parece que tendré para un rato.

—¿Qué es?

—No lo sé bien aún. Tengo que probar.

El jefe de la vigilancia de los almacenes llegaba ya, moviendo a un lado y otro su amplia panza.

Se enteró de lo que sucedía.

—¿No puede arreglarlo? —repitió inútilmente. El chófer movió la cabeza.

—Aquí, me parece que no. —Tenía las manos llenas de grasa y un gesto hosco—. Si pudiéramos meterlo en el taller...

—Habrà que hacerlo —respondió el jefe de vigilancia.

Descargaron el camión y, ya vacío, les fue fácil empujarlo hasta el taller donde se reparaban los coches de los funcionarios y los camiones.

Durante toda la mañana, el conductor y su ayudante, bregaron con el camión. Completamente inútil. Una de las bielas se había fundido.

—Tendremos que soldarla —dijo el conductor—. Hasta mañana no podremos salir de aquí.

—Pues es un fastidio —dijo formulariamente el jefe de vigilantes.

—Si cree usted que a mí me gusta pasarme aquí la noche, está equivocado —respondió el conductor—. ¿Y si ustedes me confundiesen y me colocasen uno de esos trajes? Pero no hay más remedio. No podemos volver así.

—Está bien, está bien. Hágalo. Pero tarden lo menos posible.

—Por la cuenta que nos tiene.

En efecto, toda la tarde y parte de la noche estuvieron trabajando en el taller de reparaciones.

El jefe de vigilancia dejó a un guardián junto a ellos; pero éste se cansó enseguida, y se retiró. No era muy usual, pero alguna vez, alguno de los camiones había tenido que quedarse allí. Fort

Hamilton estaba demasiado lejos de la ciudad para que resultase rentable el mandar traer un coche grúa, si la avería podía ser arreglada allí mismo.

Apenas el guardián se marchó, cuanto el trabajo cambió inmediatamente de cariz.

El suelo del camión era de tablas, reciamente atornilladas al chasis y a los laterales. El guardián seguramente hubiera tenido interés en averiguar por qué aquellas planchas tenían que ser quitadas para sacar la biela.

Debajo de las tablas había una plancha de hierro. Pero a ésta no la tocaron. Se limitaron a atornillar las maderas un poco más arriba, aprovechando unos taladros que los laterales llevaban ya hechos. De este modo, entre el suelo de madera y el de hierro, quedaba un espacio de unos dos pies, aproximadamente. Cuando acabaron, el conductor y su ayudante se miraron.

—Listo —dijo el primero.

Se volvió hacia los presos que les habían ayudado.

—Tenemos que salir mañana —dijo—. ¿Ésos estarán dispuestos?

—Es claro que sí.

—Decidles que tienen que estar preparados. Si mañana, cuando tengamos que marcharnos no están ahí dentro, yo me marcharé. Advertídselo.

Entonces, y sólo entonces, se dedicaron al simulacro de soldar una biela que no estaba fundida.

* * *

Jagger estaba sentado en la biblioteca, con un libro entre las manos, simulando leer. Mac Tamish se le acercó lentamente. El bibliotecario no había ido aquella tarde y el guardián bostezaba sin disimulo.

—Mañana —dijo Jagger entre dientes—. Los camiones estarán dispuestos para partir a las nueve en punto. Procúrate el pase para bajar al almacén y estate allí a las nueve menos cuarto en punto.

Mac Tamish prosiguió su paseo. Bueno, había llegado.

Sentía toda la piel tirante, y un hormiguillo enloquecedor en las piernas y en los brazos. Estaba atrapado en la trampa, y lo sabía. Cerró las manos.

Todos aquellos años, esperando verse libre..., pero no de aquella manera. No, Dios, no de aquella forma. Salir por la puerta con su pequeña maleta en la mano, y subir en el coche que desde el penal llevaba a los reclusos libertos a la ciudad. Así, sí; pero de esta manera...

¿Cómo estaría el mundo al cabo de cinco años? ¿Habría cambiado mucho?

Nadie lo esperaría, nadie le ofrecería refugio contra los policías cuando éstos comenzasen a perseguirlo. Nadie. Estaría solo, otra vez, ante la ley.

Por un momento, la idea de ponerse enfermo, le vino a las mentes. Eso no sería una delación, sería, sencillamente, no poder escapar. Pero ¿qué ocurriría después?

Coger a Layers, y obligarle a confesar... Entonces, la justicia tendría que reconocer que se había equivocado con él...

Miró la cuadrada cabeza de Jagger. Si había un hombre que pudiera hacer hablar a Layers, era él. Aquellas manos enormes, aquellos brazos como ramas de árbol, aquellos ojos fríos como charcos helados...

Volvió a pasar junto a él y dijo solamente:

—No faltaré.

—Más te vale.

* * *

Las nueve menos cuarto. El conductor del camión, un hombre jovial, de pelo negro, terminaba su café.

—Sabe a zanahorias cocidas —dijo, porque es lo que se esperaba que dijese un camionero del café de la prisión. El cantinero, un penado viejo y apático, respondió con un gruñido.

La larga fila de camiones estaba ya preparada. Después de descargar, habían llenado las cajas de los vehículos con los fardos vacíos que ya estaban preparados en el almacén desde la noche anterior.

—Supongo —dijo el vigilante— que no os quedaréis parados en medio del camino.

—Ni pensarlo —respondió el camionero—. Cuando arreglo una cosa, lo hago bien.

—Pues ya puedes ponerte en fila.

—Ahora mismo saco el camión del taller.

El guardián se alejó, para vigilar a los presos que habían efectuado la carga y descarga. El camionero tiró el cigarrillo al suelo, y lo pisó.

Jagger y Mac Tamish salieron del almacén y presentaron sus pases. El vigilante los miró e hizo una señal en cada uno.

—Vamos, marchaos —ordenó.

Los dos hombres echaron a andar junto a la pared, como si fueran a ganar la puerta que conducía a las dependencias interiores. Pero apenas el guardián hubo vuelto la espalda, se metieron en el taller de reparaciones.

—Vamos, aprisa —dijo el conductor nerviosamente asomándose a la puerta.

Los dos reclusos del taller habían separado tres de las planchas de madera de la caja del camión. Con una agilidad totalmente inesperada a causa de su corpulencia, Jagger saltó al interior, y reptó por el agujero. Greg lo siguió.

Los dos reclusos volvieron a colocar las tablas, y el conductor, que se había metido en el baqué, junto a su ayudante, puso en marcha el motor.

Sacó el camión al patio, y lo colocó al extremo de la fila. Unos cuantos bultos vacíos esperaban a la puerta del almacén. El guardián ladró una orden:

—¡Vamos, daos prisa! ¡Esos bultos!

Manos activas, demasiado activas para un ojo acostumbrado a la lentitud con que los presos solían ejecutar sus trabajos, lanzaron los bultos a la caja.

—Adelante —dijo el guardián, y la larga fila de camiones se puso en marcha, atravesando el patio, para llegar a la primera poterna.

Allí estaba el primer control. Un guardia, rutinariamente, se asomó a los camiones y lanzó una mirada al interior, subido a las ruedas en los descubiertos y levantando las lonas traseras en los cubiertos.

Levantó el brazo e hizo una señal. Desde la torre de control, un vigilante accionó el mando eléctrico y la puerta se abrió.

El traqueteo del camión se atenuó cuando el coche dejó el

adoquinado del patio y llegó al asfalto de la carretera. Ésa fue la primera noticia que tuvo Greg Mac Tamish de que la prisión quedaba atrás.

No podía moverse. Apenas un poco la cabeza. Lo suficiente como para ver que si él se encontraba constreñido en aquel estrecho lugar, su compañero lo estaba pasando mucho peor, debido a su superior corpulencia.

—Ya estamos fuera —dijo.

—Lo sé. Dios, qué estrecho es esto.

Jagger hablaba con voz ahogada. Cada vez que el camión encontraba un bache, por ligero que fuese, eran sacudidos dolorosamente.

—¿Cómo has conseguido esto? —preguntó Mac Tamish.

—Tengo amigos —fue la respuesta.

—Y dinero, supongo.

—Supones bien.

No parecía haber gran cosa que añadir. Durante casi media hora, guardaron silencio. Fue Jagger el primero que lo rompió.

—¿Por qué querías continuar ahí dentro?

—Ya te lo he dicho. Dentro de unos meses acababa mi condena. Y no me quedan más que dos exámenes para terminar la carrera de leyes.

—Bueno, pero si eres inocente...

Dentro de aquella especie de ataúd no había luz alguna. Pese a estar hombro con hombro, Greg no podía ver un solo rasgo de la cara de su compañero.

—Una vez aprobado, pensaba perseguir a esos hombres, a Layers sobre todo, hasta hacerle caer en una trampa y que confesase que fue él quien mató a tu hermano. Eso es lo que pensaba hacer.

—Ahora tienes mejor oportunidad... si no eres un cerdo embustero. Porque yo te voy a proporcionar la ocasión de enfrentarte a ese hombre.

—Si está en la ciudad —respondió Greg, pensando que si no era así, la policía podría cogerlos antes de encontrar a Layers. En ese caso, volvería al presidio, y con su condena recargada.

—Está —fue la respuesta.

Aquella fuga estaba demasiado bien planeada. Jagger debía contar con buenos amigos fuera y... con un buen servicio de

información.

De todas formas, si la policía los cogía antes de que pudieran llegar a Layers...

Se ahogaba, y su cuerpo chocaba continuamente contra las tablas. Era como estar enterrado. La cabeza le daba vueltas y comprendió que iba a desmayarse.

—¿Cuánto tiempo tendremos que estar aquí metidos? — preguntó.

—Cinco horas —fue la seca respuesta.

Y Greg se preguntó si podría soportarlas. En este momento, en que sentía que el estómago se había puesto en movimiento, le parecía que no. Al menos, no entero.

Apretó los dientes reprimiendo las náuseas.

—Tengo que poder —dijo casi en voz alta—. Tengo que poder. He de llegar.

CAPÍTULO VI

No supo cuánto tiempo estuvo dormido o sin conocimiento. Sólo que, de pronto, una mano pesada lo sacudió rudamente.

—Vamos, despierta, condenado.

Apenas podía moverse. No obstante, levantó la cabeza. Podía hacerlo. Encima de él no estaba ya aquella plancha martirizante.

—¿Estamos...? —preguntó.

—Cállate. Vamos, sal de ahí.

Había una bombilla eléctrica, allá, muy alta, sobre él. Procuró mover las piernas, y le costó un trabajo inmenso el incorporarse. Todo el cuerpo le dolía como si le hubiesen estado dando palos durante mucho tiempo.

Por fin, logró ponerse en pie. Dos brazos fornidos lo cogieron en vilo y lo depositaron en el suelo de cemento.

Lanzó una mirada a su alrededor. Se encontraba en una gran habitación, una especie de garaje, en el que había varios bancos y herramientas.

—Nosotros nos tenemos que marchar —dijo el conductor—. El camión lo dejaremos aquí. Si lo encuentran, que se lo coman si quieren. Nos vamos de la ciudad.

—Aquí tiene el dinero —dijo una voz.

Esa voz... Hasta ahora no la había oído Greg. Se volvió. Una mujer acababa de salir del otro lado del camión. Llevaba un chaquetón de cuero y pantalones de trabajo.

—Jagger —dijo Mac Tamish.

—Aquí. Vamos, despabila. Tenemos que marcharnos de aquí.

La sangre volvía a circular poco a poco por las venas y arterias de Greg, con intolerables pinchazos. Se mareó de nuevo y se apoyó en la rueda del camión. El conductor y su ayudante parecían

haberse marchado ya.

—¿Te vas a desmayar? —preguntó la mujer.

—No —respondió Jagger—. Si se desmaya de nuevo, soy capaz de partirla un hueso.

—No lo haré —dijo Greg—. Creo que..., que ya estoy bien.

La mujer le tendió algo.

—Toma, bebe.

Era un frasco y tenía *whisky* barato, y que le supo muy mal después de cuatro años sin probarlo. Lo tragó, con un gesto de asco.

—Vamos —ordenó Jagger—. No podemos perder tiempo. Toma un cigarrillo. Te sentará bien.

Por un instante fumaron en silencio. Greg examinó a su compañera.

Tendría su misma edad, quizá fuese un poco más joven, el pelo rojo y los ojos azules. Greg paseó la mirada de uno a otro.

—Sí —dijo Jagger—. Ésta es Doris. Es mi hermana. Y Lynn era también su hermano. ¿Comprendes?

—Sí.

La mujer lo miraba con expresión extraña.

—Tú eres el hombre que dice que no mató a Lynn —dijo.

La luz de la bombilla no era suficiente para iluminar bien sus rasgos. Solamente los más acusados, como el pelo y los ojos. En su acento no notó ni animadversión ni amistad. Era neutro.

—No lo maté. Y espero que encontraremos las pruebas. Sólo por eso salí de allá.

—Por eso y porque de lo contrario yo mismo hubiera acabado contigo —fue la respuesta de Jagger.

—Podemos dejar todo eso para más adelante —dijo la muchacha—. Ahora tenemos que salir de aquí.

Apagó la luz, abrió la puerta y se asomó. Volvió la cabeza.

—Vamos.

Un automóvil los esperaba cerca de la esquina, con los faros apagados. La joven se puso al volante.

—He alquilado una casa en la parte baja del río, con un nombre supuesto, claro. Es una covacha, pero tiene algo bueno: no hay vecinos. No deberéis dejaros ver a las horas de trabajo en los muelles.

—Bien —respondió Jagger.

—La fuga ha estado muy bien planeada. ¿Lo hiciste tú? —preguntó Greg dirigiéndose a la muchacha.

—Entre los dos —fue la seca respuesta.

Hubo un silencio. El coche rodaba por el barrio negro, en la parte baja de Proctor Street. Se oían las gramolas de los bares, y de vez en cuando, un farol iluminaba el negro rostro de un borracho que se tambaleaba por la acera.

—Supongo que esa casa no estará en el barrio negro —dijo Jagger—. Eso sería tanto como ponemos un cartel en la espalda anunciando quiénes somos.

—Claro que no —respondió ella.

Pasaron otros cinco minutos. El coche tomó una curva en un ángulo agudo, y se detuvo. Apenas se veía. Greg no tenía reloj, pero calculó que debían ser solamente las seis de la tarde.

Subieron unas escaleras de madera que crujían estrepitosamente y la muchacha abrió una puerta. Un cuarto desnudo, si se exceptúa una mesa y dos sillas, se ofreció a su vista.

—Aquí lo tenéis.

Abrió una segunda puerta y les enseñó el dormitorio. En él había sólo dos mantas en el suelo. Encima de una de ellas se veían dos trajes viejos, dos sombreros y dos pares de zapatos.

—Cambiaos la ropa —ordenó—. Después tendréis que compraros algo mejor, pero en comercios separados. Que no os vean juntos más que en caso absolutamente preciso.

Parecía haber pensado en todo. Se movía rápidamente por la habitación, con un cigarrillo en la mano.

Ahora, Greg podía verla mejor. Sus ojos no eran tan claros como los de Jagger, sino de un azul más profundo y cálido. Llevaba los cabellos muy cortos y tenía algunas pecas en la nariz y en las mejillas.

—Sólo me telefonearás en el caso de que necesites algo urgentemente, Luton —dijo dirigiéndose a su hermano—. En los bolsillos de las chaquetas hay dos pistolas y municiones.

Miró a su hermano apreciativamente.

—Pero no deberías verte obligado a usarlas, Luton —añadió—. Trata de utilizar solamente tus brazos. Es más seguro.

Se dirigió hacia la puerta.

—Yo vendré aquí mañana por la noche. Sobre las once.

Hizo un gesto con la mano.

—Hasta la vista.

Dirigió una rápida mirada a Greg. Éste dijo:

—Gracias por todo.

—No me las des todavía. Porque si has mentido... Luton y yo te lo haremos pagar.

—No he mentido.

—Pronto lo sabremos.

Y se marchó definitivamente.

Luton Jagger comenzó a cambiarse de ropas y Greg lo imitó. En poco tiempo estuvieron vestidos con chaquetas y pantalones diferentes y jerseys de alto cuello, como los que usan los marineros.

Luton abrió el cajón de la mesa y sacó un frasco de *whisky*. Bebió un largo trago y luego se lo pasó a Greg. Éste hizo lo mismo.

—Siéntate.

Greg obedeció. El *whisky* estaba comenzando a hacerle efecto.

—¿Qué hace tu hermana? ¿Trabaja en la ciudad?

—Sí.

Los ojos azules lo examinaron impersonalmente.

—¿Dónde vivía Layers? Cuando tú estabas con ellos.

—En The Heights. Vivíamos los dos juntos. Por lo menos, estuvimos juntos durante casi dos meses. De todas formas podremos encontrarlo en el Sidecar, el club de Wilcox.

Jagger asintió.

—¿Y ése... Wilcox?

Greg tomó el frasco de *whisky* y bebió un nuevo trago. Al infierno con todo. No se emborracharía, pero al menos quizá se aliviasen los dolores que sentía en todo el cuerpo.

—Ése vivía en Lafayette, casi al final. No sé exactamente el número, pero conocería la casa. Estuve una vez con Layers, en la puerta. Si no ha cambiado mucho aquella zona...

—No, no ha cambiado, al parecer. Ese cerdo sigue viviendo en el mismo sitio.

—Tómalo como quieras. ¿Por qué te uniste a la pandilla de Wilcox?

—Era muy joven, y el dinero parecía muy fácil de ganar. Supongo que eso fue todo. Ni siquiera lo pensé. Conocí a Layers en una sala de billar. Me dijo que necesitaba gente y acepté.

—¿Qué quería que hicieras?

—Yo no te he preguntado a ti por qué te metieron en la cárcel —dijo Greg adustamente—. Eso es cuenta mía.

Por primera vez desde que lo conocía, algo parecido a una sonrisa crispó los labios de Luton Jagger.

—Podría partirte el espinazo con una sola mano —dijo—. No contestes si no quieres, pero recuerda de ahora en adelante que quien da las órdenes, soy yo. Y que todavía sigo creyendo que tú mataste a Lynn.

—Vamos a ver si queda clara una cosa: buscaremos a Layers entre los dos, y si puedes hacer que confiese, habremos acabado. Quiero que recuerdes bien eso.

—Buscaremos a Layers y si confiesa, quedarás libre. Pero mientras no lo hayamos hecho...

Le cogió un brazo con la mano izquierda y apretó. No pareció esforzarse, pero Greg comprendió que si la presión continuaba se lo partiría. Hizo un gesto de dolor.

—¿Lo ves, muchacho? No me he escapado de allí para jugar. Y ahora, vamos a dormir. Mañana iremos a dos almacenes distintos, como ha dicho Doris, y nos vestiremos. Pero no pienses ni por un momento que podrás escapar cuando nos separemos.

Greg sintió una súbita oleada de furia.

—Y tú, ¿crees que me he escapado, cuando me faltaba tan poco tiempo, para andar huyendo como un conejo? Lo que quiero es hacer confesar a Layers que él mató a tu hermano. ¿Lo oyes, imbécil? No te preocupes, me mantendré unido a ti. Lo único que quiero es poder ser libre otra vez. Y para conseguirlo me aliaría con el mismo diablo.

Luton Jagger volvió a sonreír, si sonrisa podía llamarse a aquella mueca desollada.

—Sí, comprendido. Y ahora, vete a dormir.

Abrió el cajón de la mesa y sacó otra botella de *whisky*. La colocó frente a sí, sobre la mesa, y comenzó a beber. Greg se le quedó mirando.

—Si lo bebes todo, mañana estarás borracho.

—Lo beberé todo y mañana no estaré borracho. Vamos, vete a dormir.

Greg se tumbó sobre su manta, y por la puerta abierta

contempló como el otro bebía, sin interrupción, sentado en la silla, sin hacer otro movimiento que los precisos para llenar el vaso y llevárselo a la boca.

Por fin, el sueño pudo más que él y cayó en una pesada modorra.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente, y según lo previsto, se compraron un traje cada uno, en comercios distintos, camisas, zapatos y trincheras. Greg compró un periódico y en la última página se enfrentó a su propio rostro, que lo miraba desde una fotografía, al lado de la de Jagger. La alarma estaba dada.

Se reunió con Luton en Lafayette. Ambos llevaban el sombrero bien echado hacia los ojos y los cuellos de las gabardinas levantados. También Jagger había leído los periódicos, en los cuales se pedía a todo aquel que viese a los penados, lo comunicase inmediatamente a la policía.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Greg.

—Vamos a ir a tu antiguo departamento. Veremos si Layers está allí.

Fueron andando, ya que tomar un autobús representaba más peligro de ser identificados. La casa en la que vivió Greg era de cinco pisos, todos ellos alquilados como departamentos.

—Quédate aquí —dijo Jagger—. Puede que se acuerden de ti si el encargado sigue siendo el mismo.

Greg esperó, paseando por la acera, y deteniéndose ante cualquier escaparate cada vez que alguien pasaba a su lado. La mañana era muy fría, y nublada, por lo que había poca gente en la calle.

—Ya no vive aquí —dijo. Y en su cara, inexpresiva, no se podía leer si ello lo disgustaba.

Luton Jagger volvió a salir a los pocos minutos.

—Eso quiere decir que tendremos que esperar a la noche, para ir al Sidecar. Y entrar allí equivale a firmar nuestra sentencia. Nos denunciarán a la policía inmediatamente.

—A ti, sí. A mí no me conocen.

Tomaron un café en un bar medio vacío y luego prosiguieron su marcha.

—¿No ha dejado las nuevas señas? —preguntó Greg.

—No.

El día se les hizo muy largo. Pasaron por el final de Lafayette, y cuando llegaron ante la casa de Wilcox, Greg se la señaló. Era casi un palacio, con dos pisos, y dos torres estilo francés del siglo XVIII, con los tejados de pizarra. La puerta de un garaje se abría a la izquierda.

Compraron bocadillos y los comieron en el parque. Por fin, a las siete, llegaron al club Sidecar en la calle West Virginia. Un cartel luminoso, con letras ígneas de cuatro pies de altura, y una flecha verde que señalaba la entrada.

Antes de entrar, Jagger se volvió hacia Mac Tamish.

—¿Cómo es Layers?

—Poco más o menos, de mi estatura. Tiene el pelo negro, y los ojos azules. En la sien izquierda le falta parte del pelo, porque cuando era pequeño se quemó.

Procura tapar la falta de pelo, pero fijándose cuidadosamente se puede notar.

—Está bien.

Esta vez, Greg tuvo que esperar casi una hora, helándose. Grupos de hombres y mujeres, entraban y salían. Por fin, la enorme silueta de Jagger se perfiló en la puerta. Cruzó la calzada lentamente y se reunió con Greg, debajo de la marquesina de los almacenes Croft.

—¿Qué hay? —preguntó Greg.

—Layers no ha venido hoy y no saben si vendrá o no. Supongo que eso tendrá otra salida.

—Sí, en el callejón.

—Uno de nosotros tendrá que esperar aquí y otro allí.

—¿Quién te ha dado los informes?

—Un camarero. Le he dicho que era un antiguo amigo, pero me ha costado diez dólares.

Greg Mac Tamish se sentía helado y hambriento.

—Podemos estarnos toda la noche sin que venga.

—Si es necesario, así lo haremos. Quédate tú aquí. Yo iré al

pasadizo. Es la salida de los proveedores y de los artistas, ¿no?

—Sí. No necesitas meterte. Con que te quedes en la entrada, bastará.

Un momento después, estaba solo. Cuando pensaba en que dentro, la gente estaría caliente, bebiendo y comiendo, sentía que su ira crecía. Pero comprendía que Jagger tenía razón. No podían desperdiciar un solo día. Ni una hora, siquiera.

A las nueve de la noche, vio un automóvil, un «Chevrolet», que se detenía y aparcaba casi junto a la puerta.

Un hombre se apeó de él y a su vista, el pulso se le aceleró.

Era Layers. Entró en el Sidecar y Greg comprendió que no esperaría pasar mucho tiempo dentro, cuando dejaba el coche aparcado en un sitio prohibido.

Se dirigió al callejón y silbó tenuemente. Jagger apareció.

—Ya está dentro, pero no tardará en salir. Tiene su coche en la puerta.

El portero del Sidecar estaba dentro, detrás de las cortinas que cortaban el paso a la escalera de entrada. Jagger se detuvo junto al «Chevrolet» y movió la manivela de la puerta posterior. Estaba cerrada.

Sin apresurarse, pero con movimientos precisos en los que no perdía ni un segundo, sacó del bolsillo un trozo de alambre, hurgó en la cerradura y la puerta se abrió.

—Entra y tiéndete en el suelo —ordenó.

Greg le obedeció. Luego, la inmensa mole de Jagger lo siguió. Acurrucándose ambos había el espacio suficiente para que no pudieran ser vistos desde fuera.

Fueron quince minutos de tensa espera. Por fin oyeron una voz, y la puerta del baquet se abrió. Se encendieron las luces del salpicadero cuando Layers puso la llave de contacto, y el coche arrancó. Lentamente, Jagger se incorporó, y el conductor lo vio por el espejo retrovisor.

Frenó, pero Jagger le metió la pistola en la espalda.

—Continúa —dijo—. Continúa o te mato.

Greg se incorporó a su vez y Layers lo vio. Una expresión de alarma apareció en su rostro.

—Hola, Layers —dijo Mac Tamish—. Hace cinco años que no veía tu cara. No has cambiado.

—¿Qué..., qué queréis?

—Continúa conduciendo —ordenó Jagger—. Y no se te ocurra ningún truco, porque disparo. Cúbrela, Mac Tamish.

Greg sacó su propia pistola y encañonó a Layers. Haciendo un esfuerzo, porque apenas cabía, Jagger pasó al asiento de delante, junto al conductor.

—Greg, ¿qué diablos es esto? —preguntó Layers con voz un poco más tranquila—. La policía os está persiguiendo. No podréis ir muy lejos.

—Cállate —respondió Jagger—. Cállate y conduce.

—¿Dónde?

Luton se volvió ligeramente hacia Mac Tamish.

—Dale la dirección.

—Continúa hacia el río, por la avenida Washington. Cuando yo te diga, frena.

—Oye, Mac Tamish, yo...

—Cállate, bastardo —ordenó Jagger—. No vuelvas a hablar, porque te deshago la cara.

Cuando las casas comenzaban a clarear, en la parte baja de Lafayette, Jagger puso una mano sobre la pierna de Layers.

—Frena —dijo—. Tú, Mac Tamish, coge el volante.

Greg se apeó, abrió la portezuela del lado de Layers, cogió a éste del brazo y lo metió en el interior. Jagger pasó también por el lado opuesto, y Greg puso el coche en marcha.

Llevó el coche hasta los muelles fluviales, y continuó por éstos para encontrar la desembocadura de Proctor. Por el retrovisor vio cómo la enorme mano de Jagger caía con fuerza sobre la cara de Layers. Éste lanzó un quejido y cayó hacia atrás.

—No quiero que sepa dónde nos metemos —dijo Jagger.

Llegaron a la casa a las nueve y media. Jagger cogió sin esfuerzo el cuerpo inerte de Layers y lo subió por la escalera. Cuando llegaron al piso, lo dejó caer en el suelo. Se dirigió al fregadero de la cocina, llenó un cubo de agua y se lo echó por encima.

Layers volvió en sí, con un quejido. Se tocó la cara en el sitio en que Jagger le había golpeado, y luego los miró.

Greg se había sentado en una silla y había dejado el revólver sobre la mesa. Miraban a Layers fijamente.

Jagger se sentó en la otra silla, que crujió bajo su enorme peso.

—Y ahora —dijo—. Vas a hablar.

—¿Qué...?

—Layers, te presento al hermano de Lynn Jagger. No creo que te hayas olvidado de Lynn, ¿verdad?

Layers desvió su mirada para contemplar la enorme mole de Luton. Una expresión de miedo apareció en sus ojos.

—Sí, es el hermano de Lynn y le vas a decir quién fue el que lo mató.

Layers tragó saliva.

—Tú lo mataste. Los jueces lo dijeron. Tú fuiste quien lo mató. Oiga, Jagger, tiene a su lado al hombre que asesinó a su hermano.

—Estás mintiendo, Layers. Fuiste tú.

Jagger se despegó. Los contemplaba a ambos con atención curiosa.

—¡No! Tú lo mataste, Mac Tamish. ¡Fuiste tú!

Greg se quitó la chaqueta.

—Ponte en pie, Layers. Durante cinco años he estado esperando este momento. Por fin te tengo delante de mí y no estás protegido por los matones de Wilcox. Vamos, ponte en pie y quítate la chaqueta.

La cicatriz de la sien de Layers se veía perfectamente ahora porque estaba despeinado. No se movió del suelo.

—Si crees que pegándome conseguirás algo... —comenzó.

Greg lo alzó del suelo, cogiéndole por las solapas.

—Habla, Layers. Dile a Jagger quién mató a Lynn, y por qué.

—¡Fuiste tú!

Greg le golpeó en la boca y lo tiró al suelo. De entre los labios de Layers se escapó un hilo de sangre que te corrió mentón abajo.

—¡Fuiste tú! ¡Tú lo mataste! Te encontraron con la pistola en la mano...

Greg se agachó y lo volvió a coger. Esta vez Layers le disparó la rodilla y le golpeó en el vientre. Greg retrocedió dos pasos, sujetándose la parte golpeada, coa un gesto de violento dolor.

Layers se precipitó hacia él, para patearlo de nuevo, pero no llegó a hacerlo. Jagger extendió su pie, y el otro tropezó en él y cayó al suelo.

—Quietos —dijo Jagger. Se puso lentamente en pie y se inclinó sobre Layers.

—Mac Tamish dice que fuiste tú, y tú me dices que fue Mac Tamish. Quiero saber cuál de los dos miente.

Si no lo averiguo, os mataré a los dos. Eso es lo que voy a hacer.

—¡A él lo encontraron junto al cadáver...!

—Has repetido eso ya varias veces. Sí, lo encontraron junto al cadáver de mi hermano, y lo condenaron por ello. Pero eso no me asegura que fuese él quien apretó el gatillo de la pistola.

Hizo una pausa.

—Aquí estamos los tres, encerrados. Yo me basto para destrozaros a los dos, sólo con mis manos. Antes de que hayan pasado cinco minutos quiero que os pongáis de acuerdo y me digáis quién fue. Si no lo hacéis, comenzará el baile.

Greg, cuyo dolor iba cediendo, se irguió y lanzó una mirada a su pistola que estaba sobre la mesa. Podía cogerla y encañonarlos a los dos. Sabía que Jagger cumpliría lo que había dicho.

El gigante se dio cuenta. Alargó un largo brazo y se apoderó del arma.

—No, muchacho —dijo—. Tienes que demostrarme que no fuiste tú quien acabó con el chico. Ahora tienes a Layers ante ti. Hazle hablar.

Layers había recobrado parte de su facundia. Era un hombre de la misma estatura aproximadamente que Greg, pero más estrecho de hombros. Tenía los ojos azules rodeados de largas pestañas. Las mujeres lo encontraban guapo.

—El fue, Jagger.

Mac Tamish dio un paso hacia él.

—Layers —dijo. Se interrumpió. En la escalera habían sonado pasos.

Jagger se puso en pie, con aquella velocidad que resultaba increíble en una masa tan enorme como la suya, y se colocó junto a la puerta.

Resonaron dos golpecitos en ésta. Luego, otros dos, muy deprisa.

Jagger abrió y la muchacha apareció en el marco. Cerró tras de sí.

—La policía está dando una batida por toda la zona del puerto —dijo.

CAPÍTULO VIII

—¿Nos buscan a nosotros? —preguntó Jagger.

—Sí —la muchacha miró a Layers con expresión indefinida.

—¿Quién es?

—El hombre que según Mac Tamish mató al chico.

—Habéis trabajado bien. Y, ¿fue él?

—Aún no se han puesto de acuerdo. Pero lo harán, por Cristo.

—Pues no pueden hacerlo aquí. Tenéis que salir de este sitio. Tarde o temprano, la policía llegará hasta aquí. Aún podemos salir, pero quizá dentro de poco ya no podamos.

Greg se había olvidado de Layers. Miraba a la joven. Ésta no llevaba el chaquetón de cuero de la noche anterior, ni los viejos pantalones de trabajo. Llevaba un corto gabán de piel, y un gorro del mismo género. La falda ajustada a sus piernas, permitía ver que éstas estaban perfectamente formadas. Eran largas, esbeltas y de curvas suaves. Llevaba los labios pintados con un color que concordaba perfectamente con el de su cabello. Era muy hermosa.

—¿Dónde iríamos? —preguntó Jagger.

Una ligera duda, la primera que le viera desde que le conocía, apareció en los ojos de la muchacha.

—Tendremos que ir a mi casa. No me gusta la idea, pero no veo otra solución hasta que cese la batida.

Layers dijo:

—Escuche, Jagger, no haga el tonto. Tengo amigos influyentes que le pueden ayudar. Convénzanse de una vez de que fue Mac Tamish el que mató a su hermano y podremos llegar a un acuerdo. Mis amigos pueden hacer muchas cosas si yo se lo pido.

Doris Jagger lo miraba fijamente. Luego, su mirada pasó a Mac Tamish.

—Luton —dijo—. Ese hombre no debe saber jamás dónde está mi casa.

—Desde luego.

Por segunda vez en la noche, la manaza de Jagger se desplomó sobre la cara de Layers. Éste retrocedió cinco pasos como si lo hubiese coceado una mula y cayó al suelo.

—Limpiad todo de huellas —ordenó la muchacha—. Si ven la casa abandonada no creo que las busquen, porque no la relacionarán con vosotros, pero es mejor pensar en todo. Os espero en el coche, pero no debéis tardar más de cinco minutos. Están registrando los garitos de la parte alta de Proctor, pero no han acordonado las salidas. Tenemos tiempo, si no lo perdéis más en tonterías.

Jagger y Greg comenzaron a limpiar todo aquello que habían tocado. Los manillares de las puertas, la mesa, pese a que la superficie de ésta no era pulida, y el suelo, para quitar las posibles señales de sus zapatos, Cogieron las botellas vacías y los trajes de penados, hicieron un bulto con todo y por último lanzaron una mirada a su alrededor.

—No queda nada —dijo Jagger—. Vamos.

La joven los esperaba en el coche, con el motor en marcha. Pisó el acelerador y serpenteó dos esquinas antes de salir a los muelles. Había gente en las calles y pegados a las paredes caminaban apresuradamente muchos hombres. Los maleantes estaban alertados, ante la redada policíaca.

Por fin alcanzaron la avenida de Washington, y Doris pudo apretar más el acelerador. Comenzaba a nevar. De pronto Jagger dio un respingo.

—El coche de Layers —dijo—. Lo hemos dejado allí.

—Ya no hay tiempo para volver atrás —respondió la muchacha.

—¿Saben que usted vive en la ciudad? —preguntó Greg dirigiéndose a ella.

—No saben que soy hermana de Luton —fue la respuesta—. No uso el apellido Jagger.

—No fui yo quien mató a Lynn —dijo Greg—. Quisiera que me creyese.

—Cállese. Tengo que ocuparme del volante.

Llegó a Main y entró en ella. Pasaron rápidamente ante la

Cámara de Comercio y el edificio del Clarion y torcieron por Cavesson. En la esquina con Cleveland, detuvo el automóvil.

—Dejaré el coche aquí —dijo, quitando la llave del encendido—. Luton, mira si viene alguien. Yo entraré primero, y vosotros me seguís cuando estéis completamente seguros de que no os pueden ver. Es en el bajo. Por la escalera de la derecha.

La casa tenía siete gradas que llevaban a la puerta.

Delante, una verja de hierro, y a los lados de la escalera, se abrían las entradas a los dos bajos.

La joven desapareció entre un remolino de nieve. El frío era intensísimo.

—Ahora —dijo Jagger.

Salió, cogió el cuerpo de Layers hacia la entrada de la derecha.

Greg sólo vaciló un instante. Unos deseos repentinos de perderse en la nevada, lo acuciaron de pronto, pero no lo hizo. De nada le serviría pasar aquella noche corriendo, perseguido por la policía y sin saber dónde ir. Tenía que permanecer con ellos. Tenía que hacer que Luton y la muchacha lo creyesen. No se había escapado de Fort Hamilton para huir desatentadamente, como un idiota.

Siguió al otro.

El piso de Doris Jagger era grande, y estaba muy bien amueblado. Ya el hecho de que hubiera financiado la fuga de su hermano, fue señal para Greg de que ella disponía de bastante dinero. La vista del piso se lo ratificó. Allí había no sólo dinero, sino gusto para gastarlo.

—Llévalo al baño —dijo ella a su hermano, indicando al inmóvil Layers.

Jagger lo hizo. Dejó al otro en el suelo. Entonces habló ella de nuevo:

—Dieron la alarma en Fort Hamilton dos horas después de marcharos. Han descubierto que el camionero no pertenecía a ninguna de las compañías que tenían la contrata de los suministros, pero no creo que hayan cogido al hombre. A estas horas estará lejos.

Se quitó el gabán de piel y apareció con un ceñido vestido de punto azul que se ajustaba perfectamente a sus curvas. Después de tanto tiempo privado de mujeres, Greg se dijo que era la más deliciosa que había visto en su vida.

Jagger cogió a Layers y le metió en la bañera. Soltó el grifo.

Layers se debatió, recobrando el conocimiento. Jagger lo puso en pie y miró a Greg.

—Muchacho —dijo de pronto—. Creo que has dicho la verdad. Creo que fue él. Pero me voy a asegurar ahora mismo. Vamos, rata, habla. ¿Por qué mataste a mi hermano?

—Yo no fui... Fue él...

Jagger levantó la mano y cogió un brazo del otro, justamente encima del bíceps. Comenzó a apretar.

Layers resistió solamente un momento. Luego, abrió la boca y lanzó un aullido.

Jagger dejó de apretar y miró a su hermana. Ésta movió la cabeza.

—No importa —dijo—. Las paredes son a prueba de ruidos. Puede chillar hasta hartarse. Si alguien lo oye creerá que es la televisión.

Jagger miró de nuevo a su prisionero. Dijo:

—Si no dices la verdad, te voy a ir rompiendo los dedos uno a uno. Luego seguiré con los brazos y después con las piernas. Te aseguro que cuando acabe contigo no volverás a andar en toda tu vida, ni coger cosa alguna. Tú verás si hablas o no.

Layers cerró la boca. En sus ojos había una expresión de espanto imposible de describir.

—Creo que debería usted salir de aquí —dijo Greg dirigiéndose a la muchacha—. No va a ser agradable.

—Cuando supe que había muerto Lynn —declaró ella—, lloré hasta que se me secaron las lágrimas.

Había en su tono una fiereza casi salvaje. Greg no insistió.

Jagger había vuelto a coger el brazo del otro y volvía a atazarlo. Layers chilló de nuevo, agónicamente. El dolor debía ser insoportable. Intentó dar una patada a Luton, pero ni siquiera lo alcanzó. Estaba casi en el aire, apoyado en las puntas de los pies, y su cara se distorsionaba.

Greg vio cómo los dedos de Jagger se iban hundiendo en la tela de la chaqueta del otro. Si continuaba, le aplastaría el brazo.

Layers chillaba ininterrumpidamente, como un animal. Luego, de pronto, pareció desmayarse. Jagger le abrió los párpados de un ojo y se dio cuenta del disimulo. Le metió la cabeza en el baño,

cuyo grifo estaba corriendo, y se la sostuvo debajo del agua hasta que el otro perneó y braceó, sintiendo que se ahogaba.

Jagger acercó mucho su cara a la de Layers, por la que chorreaba el agua. Sus ropas se habían convertido en trapajos empapados.

—¿Vas a hablar? ¿Por qué mataste a mi hermano?

Le cogió una mano con su izquierda, y le tomó uno de los dedos. Un brusco apretón, y el hueso chascó. Layers se derrumbó.

—¡No! —aulló—. ¡Hablaré! ¡Hablaré ahora mismo!

—Hazlo. ¿Por qué mataste al chico?

—Wilcox lo ordenó.

—¿Por qué?

—Tu hermano había hecho trampas en una mesa de dados y se había llevado veinticinco mil dólares. Wilcox dijo que lo matásemos.

Jagger se volvió a Greg.

—¿Es eso verdad?

Mac Tamish movió la cabeza afirmativamente.

—Lo mataste por veinticinco mil dólares, cerdo.

Layers apuntó con un dedo a Greg.

—El también estaba allí. También disparó.

—Mentira —dijo la muchacha—. A Lynn lo mataron de cuatro tiros disparados por la misma pistola. Está mintiendo.

Jagger se dirigió a su hermana. Ésta hizo un gesto de desagrado.

—En mi casa no, Luton. Aquí, no. Hay otros muchos sitios donde puedes hacerlo.

—No pensaba hacerlo aquí.

Layers paseó los ojos de uno a otro, enloquecidamente.

—No pensaréis..., no pensaréis matarme... Yo os he dicho lo que queríais saber.

—No, no te vamos a matar —respondió Jagger suavemente—. Pero vas a hacer algo por nosotros. ¿Verdad que lo vas a hacer?

Layers movió la cabeza afirmativamente.

—Vas a llamar a ese Wilcox y le vas a decir que tienes que verlo inmediatamente. ¿Oyes? Eso es lo que vas a hacer. Creo que me has entendido bien.

—Yo..., yo no puedo hacer eso. Wilcox no me haría caso.

—Tendrás que buscar la manera de que te lo haga. De lo

contrario, cuando mañana salga el sol, tú no vas a verlo.

—Jagger —dijo Mac Tamish.

—¿Qué hay?

—Ahora ya sabes quién mató a tu hermano.

—Sí.

—¿Puedo hablar un momento contigo?

—Vete al otro cuarto. Voy a impedir que este cerdo pueda hacer algo.

Loató con un trozo de cuerda y siguió a Greg al salón. La muchacha había sacado una botella de *whisky* de alguna parte y había servido tres vasos. Greg bebió el suyo ansiosamente.

—Gracias —dijo—. Jagger, ahora que ya lo sabes, ¿qué vas a hacer con ese hombre?

—Matarlo —fue la suave respuesta del gigante.

—¿Está usted conforme con eso? —preguntó Greg volviéndose a Doris.

Ésta se encogió de hombros.

—Luton jamás ha dejado de hacer algo que desea por el hecho de no estar conforme alguien con él. No puedo impedirlo, si es que quiere. Y ese cerdo no merece otra cosa mejor.

—Hay algo que puedes hacer por mí, Jagger.

—¿Qué?

—Hacerle que firme esa confesión. O...

—¿Qué? —repitió el otro con la misma suavidad.

—Yo... lo entregaría a la policía. Eso serviría para que mi fuga de Fort Hamilton no tuviese consecuencias. En una palabra, para que anulasen mi condena.

—No —dijo Jagger.

—¿Por qué?

—Si quieres que firme una confesión, puedes hacerlo, pero ese hombre no será entregado a la policía.

Lo mataré yo. Juré que alguna vez mataría con mis propias manos al hombre que destrozó al chico, y ahora lo tengo aquí. En cuanto me ponga a Wilcox al alcance de la pistola o de las manos, mataré a los dos.

—Una confesión de ese hombre, si ha muerto ya, no serviría de gran cosa, Jagger. Estoy a punto de ser abogado y lo sé. Dirían que es una falsificación y que la había fraguado yo. Jamás sería una

prueba.

—En ese caso, lo siento por ti.

Greg se volvió hacia la joven.

—Escuche, Doris. He pasado cuatro años en el presidio. Durante esos años estudié sin respiro, para que cuando saliese no tuviera que caer de nuevo en el camino que me condujo allí.

—¿Por qué me cuenta todo eso a mí? —preguntó ella un poco nerviosamente.

—Ya casi lo había conseguido, cuando su hermano me obligó a acompañarlo. A escapar. Lo hice, pensando que si presentaba pruebas de mi inocencia, la sentencia sería revocada. Si no las presento, si ese hombre muere sin que la policía sepa que fue él quien mató a Lynn, no solamente tendré que cumplir la condena, sino que ésta será recargada.

—¿Has acabado ya? —preguntó Jagger. Estaba bebiendo su tercer *whisky*. Aquel hombre parecía capaz de consumir cantidades extraordinarias de alcohol sin que le hicieran el menor efecto.

—Sí. Casi.

—La contestación a todo eso es: no.

—Pero, Jagger...

—No quiero perder más tiempo. Quiero dejar esta noche acabado el asunto para salir de la ciudad. Aquí estoy comprometiendo a mi hermana. Vamos.

—Luton... —comenzó ella.

El gigante se volvió para mirarla.

—Luton, lo que dice este hombre...

—No.

Les volvió la espalda y volvió a entrar en el cuarto de baño. La joven se encogió de hombros.

—Lo está usted viendo, Mac Tamish. Cuando Luton quiere una cosa, no para hasta conseguirlo. ¿Está seguro de que no le serviría una confesión firmada por ese hombre?

—No me serviría —dijo Greg, muy pálido—. Pensarían que era falso o que había sido conseguida bajo tortura.

Agachó la cabeza.

—Todos estos años... perdidos por completo.

Doris le puso una mano sobre el brazo.

—Aún no se ha perdido todo —le dijo. Por primera vez desde

que la conocía, sonrió—. Tenga ánimo, hombre. Quizá haya un arreglo, después de todo. El asunto no ha acabado.

En ese momento volvió a entrar Jagger, llevando a Layers cogido entre las zarpas.

—Ahí tienes el teléfono, cerdo. Vas a llamar a ese Wilcox y le vas a decir que tienes que verlo inmediatamente. Cómo lo vas a hacer es cosa que dejo para ti. Vamos.

Le desató las manos, pero no los pies, y descolgó el teléfono.

—Hazlo —ordenó.

CAPÍTULO IX

Layers marcó un número, con mano temblorosa. Debía tener doloridos atrozmente los músculos del brazo, casi inútiles en realidad.

Esperó un momento y luego dijo:

—¿Joe? Ponme con el patrón. Sí, es urgente. ¡Urgente, te digo! ¡Tiene que ponerse!

La manaza de Luton Jagger tapó el aparato.

—Dile un sitio apartado, que no despierte sospechas —ordenó el gigante volviéndose hacia Greg—. Vamos, aprisa.

—En Reeves —dijo Greg después de pensar un segundo—. Junto a la salida sur del estadio de los Tigers.

—Ya lo has oído —bisbiseó Jagger a Layers—. Dile que vaya allí a encontrarte.

Colocó su enorme cabezota junto a la de Layers, para oír la voz que contestase a éste.

—¿Jefe? —dijo Layers con voz temblorosa—. Tengo que hablar con usted. Sí, claro que es urgente. No lo hubiera molestado de no ser así. No, jefe, le aseguro que no. Es cuestión... —vaciló perceptiblemente— es cuestión de vida o muerte.

Una voz decía algo en un registro muy agudo. Layers esperó un momento.

—No, jefe, no puedo ir ahí. Tiene usted que venir a Reeves, junto a la salida sur del estadio de los Tigers. ¡Le aseguro que no puedo ir, jefe! Es muy importante.

Esperó un momento, mientras la misma voz proseguía ladrando. Gotas de sudor aparecieron en la frente de Layers y corrieron por sus mejillas abajo.

—Le aseguro jefe, que es cuestión de vida o muerte. Sí, ya lo sé,

pero tengo que verlo y en ese sitio.

Clac.

Habían cortado al otro lado.

Lentamente, con el terror pintado en sus ojos, Layers se volvió hacia los otros.

—Dice que no irá. Que vaya yo a verlo a su oficina del Sidecar. ¡Compréndanlo, no pude obligarle a ir!

Jagger miró a Greg. Éste se encogió de hombros.

—Si la cosa no ha cambiado, la oficina de Wilcox estaba en el segundo piso del Sidecar, donde las salas de juego.

Layers movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, allí siguen.

—Supongo que aquello estará lleno de gentuza de ese Wilcox, ¿no? —preguntó Jagger.

Greg afirmó con la cabeza.

—Por lo menos, antes lo estaba.

Layers dijo:

—Ahora casi nunca hay nadie. Míster Wilcox pasa mucho tiempo solo.

Eso era una mentira y los otros lo sabían. Ningún dueño de garito, como lo era Wilcox, tiene muy lejos gente que le ayude en un momento dado.

—Estás firmando tu sentencia de muerte —dijo Jagger.

El hombre volvió sus ojos enloquecidos hacia la muchacha. Ésta fumaba un cigarrillo, ausente al parecer de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—¡No puede usted permitir que me hagan eso! —dijo—. ¡No puede permitirlo!

—Los periódicos dijeron que mi hermano había recibido cuatro balazos, aunque uno solo hubiera bastado para matarlo —respondió ella tranquilamente—. Y usted se los disparó.

—Jagger —intervino Greg Mac Tamish—. Este hombre fue quien apretó el gatillo, es cierto; pero la cabeza que planeó el asesinato, fue la de Wilcox. Ése es el hombre del que... debes vengarte.

—De los dos.

—Déjame acabar. Si me dejas que yo entregue a Layers a la policía para que pueda confesar que mató a tu hermano, yo te proporcionaré la entrada al Sidecar, y tú podrás coger a Wilcox.

Solo, o a cara descubierta, no podrías jamás. No llegarías hasta él. Pero yo sí puedo hacerlo.

—¿Cómo?

—No te lo diré. Prométeme antes que me dejarás utilizar a Layers. Por lo menos, utilizarlo hasta que me libre así de la acusación. Creo que lo que te estoy proponiendo es justo.

—Yo también lo creo así —dijo la muchacha—. Si este hombre es inocente, y parece que sí, ¿por qué dejarlo colgado? Ya sé que de nada servirá que te diga que la sangre no limpia la sangre. Tú quieres vengar a Lynn y en cierto modo lo comprendo, pero ¿por qué hacer más daño? Busca la boca que ordenó el asesinato.

Jagger, por primera vez desde que Greg lo conocía, pareció irresoluto.

—¿Me das tu palabra de que no intentarás engañarme?

—Te la doy. No intentaré engañarte. Ten en cuenta que es mucho lo que yo me juego también.

Jagger lo pensó un momento.

—Está bien. Podemos decir que acepto en principio. ¿Qué harás?

—Ir al Sidecar y pedirle ayuda a Wilcox.

—Te delatará o te matará y entregará tu cadáver a la policía. Eso es lo que hará.

—Tal vez, pero si me da tiempo a dejarte entrar a ti, en el momento oportuno, podrás llegar hasta él. ¿Qué dices?

—Sí —repuso Jagger después de otro momento de meditación—. Parece que de esa manera será un poco más fácil. De todas maneras pensaba tratar de entrar en ese garito yo solo.

—¿Quiere que le diga que hay noventa y nueve probabilidades contra una de que usted no vuelva a ver la luz del sol? —preguntó de pronto Doris Jagger.

Greg se volvió hacia ella.

—Lo sé. Pero si ahora me coge la policía, sin que yo pueda presentar pruebas de que no asesiné a Lynn, me pudriré en la cárcel de nuevo, esta vez por mucho más tiempo. Y también me gusta la libertad. Tanto que no vacilo en jugármelo todo a esa única oportunidad.

—Sí —dijo ella pensativa—. La libertad es una cosa muy dulce. Creo que lo comprendo a usted. ¿Qué van a hacer con ése?

Señalaba a Layers. Éste, habiendo oído que no pensaban matarlo

por el momento, parecía haber recobrado un poco de valor.

—Lo ataremos bien y lo dejaremos aquí —respondió su hermano —. Si no crees que puede ser muy comprometido para ti.

—No. No creo que nadie pueda relacionarme contigo. Al menos, si no nos han visto juntos.

Miró a Layers con repugnancia, casi con odio.

—Lo único, que después, cuando ese despojo haya ido a parar a la cárcel, deberé mudarme de piso. No dormiría tranquila si pensara que podía encargar a alguien que viniese a hacerme una visita nocturna.

—Yo, no... —dijo Layers.

—Cállate.

Jagger cogió una cuerda y ató al hombre hasta convertirlo en un paquete.

—Doris, si ninguno de nosotros volvemos, mete a ese hombre en un coche, y déjelo en cualquier sitio. Lo encontrarán, pero él no sabe dónde vive usted. Telefonee después a la policía y les dices que él es quien mató a su hermano.

Greg había hablado rápidamente. Ella asintió.

—Sí —dijo—. No sabe en qué lugar se encuentra. Aunque no estoy muy segura de que si ustedes no vuelven, no lo dejaré caer al río con una piedra atada a los pies.

—Si volvemos, nosotros nos ocuparemos de entregarlo.

—Tú —respondió Jagger sombríamente—. Yo no pienso quedarme aquí más que el tiempo preciso después de haber ajustado cuentas con esta gentuza. Y ahora, dime cómo lo vamos a hacer.

—¿Tiene usted un lápiz y un papel? —preguntó Greg a la muchacha. Ésta se los entregó y Mac Tamish dibujó rápidamente. Luego, estuvo hablando durante diez minutos. Jagger asintió.

—¿Alguna pregunta? —se interesó Greg.

—Ninguna. Creo que lo he comprendido todo.

—Bien, pues entonces, cuando quieras.

—Antes —dijo la muchacha— vais a tomar algo. Estoy segura de que no habéis comido en todo el día.

Los dos hombres se miraron. En efecto, desde los bocadillos que tomaron al mediodía, nada habían vuelto a comer.

—Daría cualquier cosa por una taza de café caliente y algo de

comer —dijo Greg sencillamente.

—Lo prepararé en un momento.

La joven se dirigió hacia la cocina. Jagger se había colocado la botella y un vaso delante y bebía, contemplando reconcentradamente el cuerpo inmovilizado de Layers.

Greg se dirigió detrás de la muchacha. Ésta, parada ante la mesa, tenía en la mano un trozo de pan de molde. La miró.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Greg.

—No. Acabaré enseguida. Tome algo.

Una expresión adusta parecía haber brotado alrededor de sus ojos. Era como si hubiera arruguillas en las comisuras.

—¿Preocupada? —preguntó Greg.

—¿Cómo no habría de estarlo?

Se volvió hacia él. Parecía amenazarle con el cuchillo de cortar pan.

—Hace cuatro años mataron a un hermano mío. Usted lo conocía, ¿verdad? Claro que lo conocía.

Greg asintió con la cabeza.

—Era un buen muchacho. Supongo que algunos lo llamarán descarriado, pero era un buen muchacho.

—Lo sé. Yo mismo... Pero eso no importa. Siga.

—Y yo lo quería. Lo quería porque había tenido que criarlo, cuando mis padres, emigrantes alemanes, murieron apenas nació él. Luton y yo lo criamos. Y lo queríamos.

Sus ojos brillaban y Greg pensó que iba a echarse a llorar. No le hubiera gustado que lo hiciera.

—Y lo mataron. Y ahora, Luton, que trabajó duramente por nosotros, que tuvo que robar para nosotros cuando éramos pequeños, va a ir de nuevo a la cárcel o a hacerse matar. Y entonces ya no me quedará nadie.

Greg dio un paso hacia delante. Torpemente, porque hacía muchos meses, cuarenta y ocho largos meses que no hablaba con una mujer, alargó la mano.

—Si algo puedo hacer por usted, Doris... Al fin y al cabo, a mí nadie me espera... ni me necesita. Si usted quiere, yo...

¿Qué le ocurría? ¿Sería la soledad espiritual en que había pasado todo aquel tiempo? ¿Qué diablos tenía él que ver con lo que le ocurriese a aquella muchacha ni con sus problemas? El debía

pensar en lo que le interesaba: entregar a Layers a la policía, y olvidarse de que existían otros intereses que no fueran los suyos.

Porque la verdad, la auténtica verdad es que había pensado dejar que Jagger se las compusiese como pudiera en el Sidecar, y volver él a la casa. Sería muy fácil llevarse a Layers y dejarlo en la comisaría más próxima. ¿A él qué le importaban los demás? ¿Le había importado a alguien cuando lo llevaron a Fort Hamilton acusado de un asesinato que no había cometido?

Pero ahora comprendió que no podía hacerlo. No, después de haber visto aquellos ojos húmedos.

—¿Qué está intentando decirme? —preguntó ella un poco extrañada.

—¿Fue por eso por lo que ayudó a huir a Luton, aun sabiendo que lo que él quería era vengarse solamente?

—Sí. Es mi hermano, y no quería verlo en la cárcel. Cuando yo era pequeña, cuando no sabía defenderme todavía, él lo hizo todo por mí, incluso robar. ¿Lo iba a dejar en la prisión si podía hacer algo por él? Gasté todos mis ahorros en preparar su fuga, pero me alegro de haberlo hecho.

—Comprendo.

Bajó la voz.

—Me hubiera gustado cuando... cuando me ocurrió aquello, que hubiera habido alguien que estuviese dispuesto a hacer por mí lo que usted hace por él.

Hubo un corto silencio.

—Está completamente solo, ¿verdad? —preguntó la muchacha.

—Sí.

—No todos hubieran hecho lo que usted. Prepararse allá dentro para después no tener que hacer de nuevo lo que lo llevó allí. Eso dice mucho en favor de usted.

Greg no contestó. Miraba al suelo.

—En un momento estará el café —dijo ella.

—¿Puedo ayudarle?

—Si lo desea...

Durante un momento se dedicaron a preparar la comida. Cuando acabaron, llevaron a la sala una bandeja de emparedados y una cafetera humeante.

Jagger había despachado casi media botella de *whisky*. Sus ojos

ardían. Greg lo miró con un poco de aprensión.

—¿Crees que deberías hacerlo? —preguntó señalando el vaso.

—¿Por qué?

—Tu trabajo no será fácil esta noche. No debe temblarte la mano, o...

—No me temblará.

Cogió un bocadillo en cada mano y comenzó a comerlos con ansia. Los acompañó con tazas de hirviente café.

Mac Tamish comió también y bebió dos tazas. Luego se limpió la boca.

—Hemos de darnos prisa —dijo—. Seguramente que ya la policía le habrá preguntado a Wilcox si sabe algo de mí.

—¿Y si lo están vigilando por si llegas tú?

Greg se encogió de hombros.

—Mira cómo nieva. No creo que haya un solo policía que esta noche se dedique a guardar la preciosa vida de Wilcox por si yo tengo la idea de vengarme. Preferirán esperar a mañana y recoger lo que haya quedado de nosotros si es que algo ha quedado. Ajuste de cuentas, ya sabes.

—La ley de la jungla —dijo la muchacha con amargura.

—En efecto, pero no la hemos escrito nosotros. Nos la dieron ya escrita.

Luton Jagger rompió a reír con alegría. Fue como si se hubiese destapado una olla borboteante. Un ruido extraño y repulsivo.

Terminó de comer, se limpió la boca y echó uno de sus enormes brazos por encima de los hombros de Doris.

—Adiós, pequeña —dijo—. Hasta la vista o hasta nunca.

—Adiós, Lut. Quiero que vuelvas.

Greg le tendió la mano.

—Y usted también, Mac Tamish. Vuelva y... líbrese de su acusación.

—Si quieres que lo consiga no dejes escapar a ese tipo —respondió Jagger, volviendo a destapar aquella risa estúpida.

—No se escapará.

—Volveré —dijo Greg, sabiendo que haría todo lo posible por conseguirlo. Quería volver a ver aquellos ojos azul profundo y aquellas cálidas ondas de pelo rojo.

—Aseguraos de que no hay nadie en la calle antes de salir —dijo

la muchacha. Y ésa fue la última visión que de ella tuvo Greg.

CAPÍTULO X

Greg Mac Tamish no había visto a nadie que pudiera ser un policía ni en la boca del callejón, ni en la puerta de la salida de sirvientes y proveedores del Sidecar. Aunque no era extraño, habida cuenta de que los furiosos remolinos de nieve impedían la visión en un radio de cinco yardas. El suelo estaba cubierto de tres pulgadas de blanco.

La puerta estaba abierta. Como en los tiempos antiguos. Apenas la traspuso, una bocanada de calor le azotó el rostro. La puerta daba a un pequeño pasillo, en el que estaba sentado el viejo Lard, un antiguo pistolero. Se puso en pie al entrar Greg.

Éste se quitó el sombrero y Lard le vio la cara.

—¡Cristo! —dijo—. ¿Qué diablos haces aquí?

Lo había reconocido al primer golpe de vista.

—¡Tengo que ver al jefe, Lard! ¡La «poli» me anda buscando!

—Sabía que te habías escapado de la «caponera», pero... No puedes ver al jefe, chico.

—¡Tengo que verlo, Lard! ¡Tiene que ayudarme!

Mac Tamish había elegido el mejor medio de llegar hasta Wilcox que existía. Greg había sido condenado por algo que hizo otro, y no había abierto la boca durante el juicio. En los círculos del bajo fondo eso equivalía a un certificado de buena conducta. No era un soplón, no era un traidor. Tenía, pues, derecho a ayuda en caso de precisarla. Y un hombre que se ha escapado de la prisión la necesita.

Lard vaciló un momento.

—Espera, voy a ver.

Tocó un timbre. Un hombre alto, vestido de etiqueta, apareció antes de treinta segundos. Lard hizo un movimiento con la cabeza, señalando a Mac Tamish.

El hombre lo miró con el ceño fruncido. Era evidente que él también tenía noticias de la fuga.

—¿Te han seguido hasta aquí?

—No, pero me andan buscando. Ya lo sabrás, Steve. Necesito ver al patrón.

—Está ocupado en este momento.

—Y comer y beber algo. ¡Dios, estoy helado!

—¿Seguro que no te han seguido? Lard, echa una ojeada ahí fuera.

Lard salió y volvió al cabo de cinco minutos.

—Nada, Steve. Nadie. Ni un «poli» siquiera. Están todos con los morros metidos en algún sitio caliente.

—Ven conmigo —ordenó Steve.

Mac Tamish lo siguió. Traspusieron varias puertas. En uno de los corredores, Greg oyó ruido de música y aplausos.

Ascendieron una escalera estrecha y llegaron hasta otra puerta. Detrás había una especie de rotonda pequeña a la que abrían varias puertas.

—Aquí —ordenó Steve. Abrió una de ellas, encendió una luz y Greg, con el corazón latiéndole fuertemente, entró.

—Espera aquí.

—Steve, tengo hambre, y quiero beber algo. ¿No podrías...?

—Espera un poco.

Desapareció, pero Greg oyó el ligero chasquido de la cerradura. Lo había encerrado con llave.

La habitación era pequeña, y excepto un par de sillas, estaba desnuda. Se sentó en una de las sillas y se cogió la cabeza con las manos. Sabía que ahora o dentro de un momento, desde algún agujero horadado en la pared, alguien no perdería uno solo de sus movimientos. Tenía que dar la impresión de un hombre agotado y temeroso.

Pasó casi media hora. La puerta se abrió y Steve apareció en el umbral.

—Ven conmigo, Greg.

Lo siguió. Traspusieron otra de las puertas. Esta vez estaban en una sala más grande, en la que había dos hombres. A ninguno de ellos los conocía.

Steve se volvió hacia él.

—¿No sabías que podía ser peligroso venir aquí? Hubieran podido seguirte.

—Los despisté, Steve. He estado todo el día de un lado para otro, y no me han seguido, palabra. Pero tenía que ir a algún sitio. No tengo dinero y no podía quedarme en la calle, con este frío. Tienes que comprenderlo y dejarme ver al jefe. ¿Le has dicho que estoy aquí?

—Cállate. Te daremos dinero, pero tienes que largarte. No puedes quedarte aquí, comprometiéndonos. En cualquier momento, la policía puede venir a preguntar por ti.

—¿Por qué, Steve? A nadie dije que trabajaba para el jefe. Ni en el juicio ni después. ¿Por qué habría de venir aquí la policía? Tienes que dejarme ver al jefe, Steve.

—Ya te he dicho que te daremos dinero. Y te indicaremos un sitio donde puedes ir a dormir. Después, tienes que salir de la ciudad.

Lo estaba probando. Eso es lo que era, una prueba. Si se enfurecía e insinuaba que si no lo ayudaban podía delatarlos, lo matarían allí mismo y después se las arreglarían para que su cadáver apareciese en cualquier sitio. O que no apareciese. Tenían medios para ello.

—Está bien, Steve —respondió mansamente—. Necesito ayuda, compéndelo. No tenía donde volverme.

—Está bien, hombre.

La puerta se abrió y un camarero apareció con una bandeja de comida y media botella de *whisky*. Greg no tenía apetito alguno, pero tenía que hacerles creer lo contrario. Tenía que seguir fingiendo que era un pobre diablo helado y hambriento, que había pasado el día corriendo de un lado a otro.

Comió, pues, con voracidad y bebió café y *whisky*. Cuando acabó, siempre bajo la mirada de los tres hombres, levantó la cabeza.

—¿Qué hay, Steve? Gracias por todo. ¿No podría...? ¿No podría ver al jefe?

—Cállate. No pienses que eres un personaje para llegar a un sitio y decir que quieres ver al jefe. Te voy a dar dinero y te marcharás.

No era eso lo que Mac Tamish quería, en modo alguno. Porque además, sabía que había muchas probabilidades de que al sitio

donde pensaban mandarlo era precisamente aquél del que no se vuelve.

—Tengo que verlo —dijo—. Tengo que decirle algo. Es muy importante para él.

—Pues me lo dices a mí y yo se lo pasaré a él.

—No.

Steve lo miró amenazadoramente.

—Oye, pequeño, te advierto que estás entre amigos, pero que no conviene que nos hagas enfadar. Di lo que tengas que decir y luego te marcharás.

Greg se preguntó si Jagger estaría ya abajo. Si había podido entrar, tal vez pudiera atraerlo.

—Está bien, me iré —dijo sumisamente.

Steve lo miraba, fijamente.

—Bueno. Te marcharás. Pero ¿qué era eso que tenías que decirnos? Vamos, habla:

—No, no vale la pena. No era nada. Quería... quería ver al jefe, eso es todo. Después, de todo, me he pasado en la «caponera» mucho tiempo, y lo menos que podéis hacer es...

Estaba tendiendo una cortina de humo, porque se le acababa de ocurrir una idea. Una idea descabellada, en cierto modo; pero que si podía llevar a la práctica...

—No —dijo Steve—. No vas a salir de aquí sin haberlo dicho. No creerás que puedes jugar con nosotros, ¿verdad?

Los dos hombres que había en la habitación y a los cuales no conocía, se habían acercado a él silenciosamente. Mac Tamish comprendió que no se proponían soltarlo tan fácilmente.

Uno de ellos levantó la mano.

—Vamos, te están diciendo que hables, muchacho. ¿Vas a hacerlo?

Greg comprendió que no podría resistir a los tres hombres. Tenía que ganar tiempo fuese como fuese.

—El hombre que se escapó conmigo, ¿sabéis quién es?

Una expresión de alerta apareció en los ojos de Steve.

—No, ¿quién?

—Su nombre es Jagger. Cuando supo qué yo quería escapar, se empeñó en venir conmigo.

—Bien, ¿y qué?

—Jagger, ¿no os dice nada ese nombre? ¿Cómo se llamaba Lynn, el hombre al que mató Layers?

—Al que mataste tú, quieres decir.

—No. La policía pudo creerlo, pero Layers sabe que fue él y no yo. ¿Comprendes? ¿Dónde está Layers?

—No lo sé, y eso no importa ahora. Vamos, di lo que tengas que decir.

—Pues Jagger quiso salir conmigo. Nos escapamos los dos juntos, y luego me dijo quién era. Sabe que estoy aquí. Y me dijo algo que tengo que repetir al jefe, pero sólo a él. Tú lo has querido. Ya te lo dije que quería ver al jefe.

Steve levantó la mano para dejarla caer sobre Mac Tamish. Al mismo tiempo, uno de los otros cogió al muchacho por los brazos.

—Estás mintiendo. Todo eso no es más que una maldita mentira.

—Díselo al jefe.

Steve le golpeó en la mandíbula y Greg sintió por un momento que iba a perder el conocimiento. Se sobrepuso con un esfuerzo.

—Vamos, habla.

—Jagger sabe que estoy aquí. Si no he salido dentro de media hora, irá a la policía.

—¿Por qué?

—El también necesita dinero. Espera que yo se lo dé. De lo contrario, hablará.

—¿Qué es lo que puede decir?

Era el momento de jugar las cartas. Mac Tamish se irguió.

—Tiene a Layers.

Steve levantó la mano, pero esta vez no llegó a bajarla. Uno de los hombres le dijo algo en voz baja. Frunció el entrecejo.

—Si esta maldita ratilla ha hecho eso... Vigíladlo. Voy a hablar con el patrón.

Salió. Los dos hombres quedaron junto a Greg, con las manos metidas en los bolsillos y mirándolo con caras inexpresivas.

Diez minutos después, Steve volvió.

—Traedlo —dijo.

Lo llevaron a la rotonda y lo introdujeron en otro de los cuartos. Era un despacho lujosamente amueblado, con una mesa de tapa de cristal detrás de la cual estaba el jefe, el mismo Wilcox en persona.

Era un hombre de unos cincuenta años, de pelo casi blanco y

frente despejada. Llevaba lentes con montura de oro y todo él exhalaba respetabilidad. Pero sus ojos, grises y fríos, nublados ahora por una cólera sorda, desmentían aquella impresión.

—¿Qué es lo que te propones, Mac Tamish? —preguntó—. ¿Qué es eso que estás diciendo acerca de Layers?

—Si me hubiesen dejado hablar con usted antes, nada de esto hubiera ocurrido. Agradézcaselo a Steve.

—¿Por qué no lo habéis traído antes? —preguntó Wilcox volviéndose a Steve. Éste se puso ligeramente pálido.

—Pensé que podría controlar la situación, jefe. Al fin y al cabo, lo que este hombre parecía querer era ayuda y dinero. Se los di.

—Le dije que quería hablar con el jefe y usted se negó a ello.

—Cállate, maldito ratero...

—¡Silencio! —ordenó Wilcox.

Miró a Greg, entornando ligeramente los ojos.

—¿Qué ocurre con Layers?

—Usted sabe que no fui yo quien mató a Lynn, jefe.

—No, no lo sé. Fuiste condenado.

—Fue Layers y usted lo sabe.

Hizo una pausa.

—Yo no hablé, ni durante el juicio ni después. Pero ahora estoy fuera de las rejas y necesito ayuda. Por eso he venido.

—Bien, bien —respondió el otro impacientemente—. ¿Qué diablos es lo que quieres decir?

—El hombre que se escapó conmigo era el hermano de Lynn. No lo supe hasta después de que nos escapamos. Pero él también necesita ayuda y quiere obtenerla de usted.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de ayudarle?

—Porque... usted recibió una llamada telefónica de Layers hace un par de horas, ¿no es eso?

Los ojos de Wilcox permanecían inexpresivos, pero una de sus manos jugueteaba nerviosamente con un cenicero.

—Sigue.

—Usted recibió esa llamada. Y éramos Jagger y yo los que estábamos detrás de Layers cuando éste lo hizo.

—Estás mintiendo.

—Jefe —intervino Steve—. Déjeme a este hombre y los muchachos y yo...

Wilcox hizo un relampagueante movimiento con la mano para imponerle silencio.

—Sigue.

—Le dijo que le esperaba a usted junto al estadio de los Tigers, ¿es cierto o no? En Reeves.

—Sigue.

—Hemos cogido a Layers para evitar que usted pudiera intentar algo contra nosotros en lugar de ayudarnos. Y Layers ha confesado que fue él quien mató a Lynn por encargo de usted. Tenemos su confesión firmada y lo tenemos a él en un lugar seguro. Ahora, dígame lo que va a hacer.

Wilcox encendió un cigarrillo, lentamente.

—¿Qué es lo que pretendéis, exactamente?

CAPÍTULO XI

—Dinero y seguridad.

—Para eso no necesitas amenazarme.

—Y, ¿quién ha amenazado? —preguntó suavemente Mac Tamish —. Yo sólo pedí verlo a usted para hacérselo saber personalmente. Este hombre ha tratado de impedírmelo.

—Está bien. Dí qué cantidad queréis. Yo te la entregaré.

—Así está mejor.

—¿Qué habéis hecho con Layers? ¿Lo habéis matado?

—Oh, no. Lo guardamos para tener la seguridad de que usted no intentará jugarnos una mala pasada.

—Nunca lo he hecho con uno de mis muchachos.

—¿No? Bueno, yo me he pasado cuatro años en la cárcel, y era uno de sus muchachos en aquella época. A no ser que me tomase a su servicio únicamente para servirse de mí como de un chivo.

Wilcox lo contemplaba con los ojos semicerrados.

—Estamos perdiendo el tiempo, muchacho. Te he dicho que fijas una cantidad.

—Necesitamos eso y la seguridad de que no se nos molestará ni se intentará nada contra nosotros.

—La tienes. Tienes todo eso. ¿Cantidad?

—Diez mil y en metálico.

—¿Estás Joco? ¿Crees que tengo esa cantidad aquí?

—Sí, lo creo. La tiene. Y si no, puede conseguirla.

—¿Sabes que estás tratando de hacerme un chantaje?

—Puede llamarlo como quiera, jefe. Necesitamos esa cantidad. Y si algo nos ocurre, la persona que tiene a Layers lo entregará a la policía, con su confesión firmada. Ésa es la situación. He tenido cuatro años para pensar en todo ello. Se me debe por el tiempo que

pasé en la cárcel por un crimen que no había cometido.

—Y si os doy ese dinero, me devolveréis a Layers y os marcharéis de la ciudad, ¿no es así?

—Sí, así es.

Hubo una discreta llamada a la puerta. Uno de los hombres fue a abrir y cambió unas palabras con alguien que estaba afuera.

El hombre cerró la puerta de nuevo y volvió hacia el centro del despacho.

—Jefe —dijo—. En el salón de abajo hay un tipo que quiere verle a usted. La fotografía era muy mala, pero el camarero dice que le parece haber reconocido al pájaro que se escapó con éste.

Los ojos de Wilcox brillaron.

—Que lo traigan aquí, sin escándalo.

El hombre desapareció. Wilcox se volvió hacia Greg.

—Así que habéis venido los dos, ¿no es eso?

—Así parece. Pero aún queda la persona que tiene a Layers.

—Eso es lo que dices tú.

—Y lo que tendrá usted que creer, a no ser que quiera arriesgarse.

Wilcox pareció pensarlo un momento.

—Habéis tenido mucho valor para presentaros aquí. A mí me gusta la gente con valor, pero no me agradan los locos. Conmigo se puede llegar a un acuerdo, Mac Tamish, pero no se juega, recuérdalo.

La puerta se abrió. Jagger, seguido por el pistolero, penetró en el despacho.

Steve y el otro hombre tenían las manos en el pecho, cerca de los revólveres. Al ver al gigante, dieron un paso atrás.

—¿Lo habéis registrado? —preguntó Steve.

—No se ha dejado. Ni quise dar un escándalo —respondió el hombre—. Pero voy a...

Intentó meter la mano en el bolsillo de Jagger. Éste le dio un empujón, uno solo y el hombre salió proyectado contra la pared.

Resbaló sobre ella y quedó sentado en el suelo, con los ojos vueltas. La mano de Jagger continuaba en su bolsillo.

Steve y el otro sacaron sus armas. Wilcox se puso en pie.

—¡Quietos! —ordenó con voz aguda—. ¡Quietos todos!

—Más vale que ninguno de esos tipos vuelva a tratar de

acercarse a mí —dijo Jagger con voz tranquila. Sus ojos inexpressivos no se separaban de Wilcox, pero Greg sabía que tampoco perderían de vista a los demás.

Wilcox se aferraba con ambas manos al borde de la mesa.

—Tu compañero me ha pedido el dinero —dijo—. Si os lo doy, ¿os marcharéis?

—No quieres jaleo en tu casa, ¿verdad? —preguntó Jagger—. Mac Tamish, colócate junto a aquella pared. ¿Tienes tu arma?

Cosa extraña, pero no se habían preocupado de registrarlo. Mac Tamish la tocó, por encima de la ropa.

—Sí.

—Si alguno de éstos, hace el menor movimiento, dispara.

—¿Queréis el dinero o no? —preguntó Wilcox—. Esto ya ha durado bastante.

Jagger tenía a su espalda la puerta. Se movió ligeramente a un lado, por si aquélla se abría.

—Venga el dinero —dijo.

—Tengo que enviar a alguien a recogerlo del salón de juego. Naturalmente, no lo tengo aquí.

—Eso es lo que tú quisieras. No pienses que voy a permitirte que envíes a alguien afuera para que vengan con refuerzos. Saca todo el dinero que tengas ahí en la mesa. Pero no se te ocurra sacar un arma.

La situación era un poco extraña. Allí estaban todos, armados, pero ninguno de ellos había sacado la pistola, porque sabían que el primero que lo hiciese moriría. Era lo más parecido a unas tablas.

Wilcox abrió lentamente el cajón del centro de la mesa. Cuando sacó la mano, había en ella un fajo de billetes.

—Esto es todo lo que tengo aquí —dijo—. Cogedlo y marchaos.

—Vamos —dijo Steve a su vez—. Creo que la oferta del patrón es bastante generosa.

—Cállate —ordenó Jagger sin levantar la voz—. Wilcox, ¿por qué hiciste matar a mi hermano?

Ya estaba allí aquello. Mientras los otros creyesen que habían ido allí por dinero, pactarían. El dinero les importaba, qué duda cabe; pero podían prescindir de él para evitar un tiroteo en el que nadie sabía si resultaría vivo o no.

Pero, pensó Mac Tamish, si presentían que Jagger quería

vengarse, lucharían, porque no les quedaría otro remedio.

Greg había abrigado la esperanza de que en el último momento, Jagger desistiese de su venganza, en vista de las dificultades que para ello tenía enfrente. Pero al mirarle a la cara comprendió que era la venganza y no otra cosa lo que perseguía. Parecía sencillamente un hombre que está corriendo su *amok* sin importarle lo que haya de ser de él al final de la carrera.

Se preparó para lo que sabía que tenía que suceder indefectiblemente. Al parecer, ninguno se ocupaba de él. Estaban todos demasiado interesados en Jagger, que les parecía el más peligroso.

Metió el pulgar de la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

—Vamos, contesta, ¿por qué mataste al muchacho?

—Yo no lo maté, Jagger.

—Ordenaste que lo hicieran. Es igual. ¿Por qué le hiciste?

—No hice tal cosa. Dije sólo que le dieran un susto. Es lo que se hace siempre, Jagger, y tú debieras saberlo. Era mi dinero el que estafó. Tenía derecho a defenderlo.

—Estás mintiendo, pero eso importa poco ahora. El caso es que ordenaste que lo mataran. Está bien. Wilcox, sal de ahí. Vas a venir conmigo.

—¿Estás loco? —preguntó el dueño del *cabaret*—. Mira, Jagger, estás aquí, en mí casa, y rodeado de mis hombres. Sí quieres que lleguemos a un acuerdo, podemos hacerlo, pero no pienses que vas a conseguir nada que yo no quiera.

—¿Has acabado? ¿No quieres salir de ahí?

Mac Tamish tenía ya la mano metida dentro del bolsillo. Con un movimiento fácil y sin que nadie se diera cuenta antes de que fuera a ejercitarlo siquiera, sacó la pistola.

—Que no se mueva nadie —dijo.

Cinco pares de ojos se volvieron hacia él.

—Así está bien, muchacho —dijo Jagger.

—Mac Tamish, esto te costará el pellejo —dijo Steve con la boca contraída.

—Poneos todos en aquel rincón —ordenó Greg.

No le obedecieron. Era evidente que no lo creían capaz de disparar sobre ellos. Un hombre que se pudre en una cárcel por un crimen que no ha cometido... Casi podía leerles los pensamientos, y

tenían razón. A él no le interesaba en absoluto matar a nadie.

—No te preocupes —dijo Jagger.

Sacó de su bolsillo su propia pistola y se dirigió hacia Wilcox con paso de lobo.

El dueño de la casa de juego lo vio llegar con el espanto retratado en el semblante.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó—. Ahí tienes el dinero. Puedo conseguir más, todo el que quieras. Pero no...

Jagger alargó la mano por encima de la mesa y lo tomó por las solapas. Sin esfuerzo alguno, lo levantó y lo sacó hasta el centro del despacho.

—Mataste a mi hermano y vas a morir —dijo opacamente—. Ahora os tengo a los dos, a la boca que lo condenó y a la mano que ejecutó la sentencia.

—¡Cuidado! —gritó Mac Tamish.

Steve había sacado su pistola. Jagger volvió la cabeza y con un solo movimiento lanzó el cuerpo de Wilcox contra él. Los dos rodaron por el suelo, como un par de peleles de paja. La bala del revólver del secuaz de Wilcox se hundió en el techo.

Jagger se volvió hacia el guardaespaldas que quedaba en pie e hizo un movimiento como si barriese algo. El hombre, alcanzado por la manaza en el costado izquierdo, se desplomó con un quejido agónico.

Steve se levantaba ya, con la pistola en la mano, mientras Wilcox permanecía en el suelo, quejándose. Apuntó e hizo fuego.

Jagger apenas acusó el impacto. Dijo por encima del hombro:

—No dispaes, Mac Tamish. No es necesario.

Greg no deseaba hacerlo, pero tampoco quería que matasen a Jagger. Vio cómo el guardaespaldas se incorporaba, y se precipitó hacia él.

Le dio una patada en la cara y lo derribó hacia atrás con la boca reventada. Jagger se aproximaba lentamente hacia Steve y Wilcox. Con el rabillo del ojo, Greg vio que del pecho del gigante se escapaba un hilo de sangre. Estaba herido.

Steve volvió a disparar, y también alcanzó a Jagger, pero éste no detuvo su marcha. Cogió a Steve por el cuello, lo levantó en el aire y le partió las vértebras cervicales de un violento apretón. La cabeza de Steve colgó de pronto hacia un lado, como la de una muñeca

trágica, desarticulada.

Luego, las enormes manos descendieron hasta coger a Wilcox por los brazos.

La puerta se abrió, y un hombre, un camarero, apareció en el despacho. Mac Tamish lo cogió por detrás y le dio un golpe con el cañón de su pistola en la nuca. El hombre se vino abajo.

La lucha estaba prácticamente terminada.

Wilcox, en las zarpas del gigante, se debatía gimoteando. Los ojos se le salían de las órbitas y babeaba como un crío pequeño.

—Vas a morir, asesino —dijo Jagger—. Vas a morir, pero quiero que mires por última vez en tu vida la cara del hermano del hombre al que mataste. Mírame. Mírame bien, porque es lo último que verás en tu vida.

—Jagger, déjalo —dijo Mac Tamish—. Jagger, déjalo. Vamos a entregarlos a la policía.

Luton volvió hacia él sus ojos azules.

—¿Qué has dicho, imbécil? ¿Entregarlo a la policía cuando por fin lo tengo en mis manos? ¿Estás loco?

—Jagger, voy a llamar a la policía.

—Toca ese teléfono y morirás como va a morir este cerdo.

—Jagger, voy a llamar.

Se dirigió a la puerta, pasando cerca de los caídos guardaespaldas, y le echó el cerrojo. Luego, volvió al teléfono. Jagger lo miraba con los ojos muy abiertos. Por primera vez había una expresión en aquellas pupilas de color de charco herido por el sol. De asombro.

Tenía a Wilcox cogido con una mano. No necesitaba más para mantener al hombre inmovilizado.

Comenzó a andar hacia Greg, que había cogido el teléfono.

—Deja eso. —Ordenó.

—No, Jagger. Estás herido y necesitarás asistencia. En un momento estará aquí la policía. Vamos, deja a ese hombre, y yo me ocuparé de que no escape a la justicia.

Jagger dio otro paso hacia él.

—Como Dios existe, Mac Tamish, vas a morir si se te ocurre llamar a la policía.

—Lo voy a hacer, Jagger.

Una extraña expresión apareció en las pupilas del gigante.

Pareció sorprendido. Se tambaleó ligeramente.

—¿Lo ves? Estás malherido. Necesitas asistencia.

Descolgó el teléfono.

—Deja eso, Mac Tamish.

—No.

Jagger dio otro paso; pero se tambaleó. La sangre brotaba espesa y oscura, empapando la chaqueta. Estaba perdiendo mucha.

En la puerta se oyeron golpes y Greg vio cómo la manija se movía frenéticamente, pero no hizo caso. Sabía que no podrían abrirla, sino a tiros.

Comenzó a marcar el número de la policía. Cosa curiosa, todavía lo recordaba. Acudió a su memoria como si hubiera estado pensando en él todos aquellos años.

—Deja eso —ordenó Jagger. Su voz era ronca, pero había perdido volumen. Sus ojos estaban casi cerrados, la mano con la que sostenía a Wilcox aflojó su presión, y el dueño de la casa de juego cayó a tierra encogido.

La puerta se movía, como si estuvieran lanzándose sobre ella. Alguien cogió el teléfono.

—Jefatura de policía. Hable.

—Vengan aprisa al club Sidecar, en West Virginia —dijo Mac Tamish—. Aprisa. Ha habido una batalla a tiros. Aprisa.

Y colgó.

La mano de Jagger cayó sobre su hombro y Greg creyó que le hundiría el hueso. Pero ya el gigante se tambaleaba como si estuviese ebrio.

—Te... voy... a... matar —dijo.

Mac Tamish cogió aquella zarpa con ambas manos para intentar quitársela. Con el rabillo del ojo vio cómo Wilcox se arrastraba hacia la pistola que Steve había dejado caer al morir.

—Y entretanto, Wilcox se escapa —dijo.

Jagger se volvió en redondo, abrió mucho los ojos, sacudió la cabeza como para alejar la niebla que le tapaba los objetos y adelantó un pie.

Éste cayó en la espalda de Wilcox y lo retuvo allí, perneando como un conejillo.

La puerta parecía a punto de venirse abajo ante los empujones que le daban desde afuera. Mac Tamish disparó contra ella. La bala

atravesó el entrepaño y desde el otro lado un grito de dolor le contestó. Al instante dejaron de golpearla.

Jagger parecía a punto de caer al suelo. Se tambaleaba, y con los brazos alzados procuraba mantener el equilibrio. Gruñía palabras sordamente, pero Mac Tamish no las entendía.

Por fin, el gigante cayó al suelo, aplastando con su mole a Wilcox.

Greg se pasó la mano por los ojos.

—Dios, cuánta sangre —dijo, mirando a su alrededor—. Cuánta sangre.

El sonido lejano de una sirena lo sobresaltó. Andando mecánicamente, como un muñeco, se dirigió hacia el cuerpo caído de Jagger.

Éste respiraba entrecortadamente. Tenía los ojos abiertos.

Intentó mover el pesado cuerpo, y lo consiguió. Debajo de él, Wilcox parecía haber perdido el conocimiento.

—Jagger —dijo Greg—. Jagger, te curarás.

—Eres... un ¡Dios, no veo nada!

Cerró los ojos y los abrió una y otra vez. La sirena estaba cada vez más cerca.

—Resiste —dijo Greg un poco tontamente.

Abrió la chaqueta de Jagger y vio que había dos heridas en el pecho del gigante. La sangre manaba ahora en menor cantidad.

Sacó su pañuelo e intentó taponar las heridas. Con una maldición desistió de su propósito al ver su inutilidad.

La sirena había parado ante la puerta del Sidecar. Hasta Greg llegaron gritos de personas que corrían al otro lado de la puerta.

Voces de mando, sonidos de pies en las escaleras...

Mac Tamish se dirigió a la puerta y la abrió. Dos uniformes azules estaban frente a él.

Uno de los policías lo tiró contra la pared. Mac Tamish no se había dado cuenta de que tenía un revólver en la mano. Lo dejó caer mientras más policías irrumpían en la habitación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un sargento grueso, con cara de perro.

—Ya lo ve, una batalla.

El sargento lo miró.

—Oiga, usted es...

—El penado que buscan desde ayer. Mac Tamish.

—No se mueva o lo achicharro, Mac Tamish.

Greg señaló a Jagger con la cabeza.

—Ése es el otro. Necesita asistencia médica.

—Muchos de aquí lo necesitan, al parecer. ¡Llamen a una ambulancia!

Un policía se precipitó al teléfono, mientras otros iban mirando a los caídos.

—Ese hombre —dijo Mac Tamish—, y otro que hay en un sitio que les diré, fueron los que hace cuatro años mataron a Lynn Jagger. Quiero prestar declaración ante alguno de sus jefes.

—Donde va a ir ahora mismo es al precinto. Vamos, lleváoslo.

—Si ese hombre —repitió Greg— se escapa, le volarán los galones, sargento.

El sargento levantó una mano como si lo fuera a golpear. En ese momento, un hombre vestido de paisano se abrió paso entre los policías.

—Hola, teniente —dijo el sargento—. Aquí, el tipo está diciendo que...

Y Mac Tamish repitió las palabras que poco antes había dirigido al sargento. El policía de paisano dijo, cuando terminó:

—Llévenlos a todos a la seccional. A ése también.

Y señalaba a Wilcox. Mac Tamish lanzó un suspiro. También él estaba a punto de desmayarse.

EPÍLOGO

Los dos jóvenes salieron del Juzgado. Llovía mansamente.

—No ha sido muy duro, ¿verdad? —preguntó Greg mirando al cielo.

—No —respondió ella levantándose el cuello de su abrigo de piel.

—Podía haber sido mucho peor.

Lo miró.

—Ahora ya es usted, Mac Tamish.

—Me llamo Greg.

Hizo una pausa.

—En realidad el juez ha sido condenadamente decente.

—Y usted también, al no haber sacado mi nombre a relucir. En este momento la que podía estar en la prisión era yo.

—Es posible. ¿Puedo acompañarla?

—Iba a pedírselo. Quiero tomar algo caliente. Tengo frío, y no por fuera, precisamente. Me parece que aún estoy helada. Luton... muerto.

Se volvió hacia el joven.

—¿Grecó que no confesaría?

—No, siempre creí que lo haría. Era un buen hombre, Doris. Lo era.

—Sí. Y ahora usted está libre, pero Lynn y él...

Se volvió de espaldas. Greg la tocó en el hombro, creyendo que estaría llorando, pero cuando ella tornó la cara hacia él, vio que tenía los ojos secos.

—Vamos a tomar ese café.

Sentados en el mostrador, ante las dos tazas humeantes, Greg dijo:

—Me alegro de saber ahora quién es usted, Doris.

—¿Cambia eso algo?

—Para mí, sí.

Alargó la mano por encima del mostrador y cogió la de ella.

—No me ha dejado acabar, Doris. Me alegro de saber quién es usted, porque desearía volver a verla. Si no hubiera conocido el nombre bajo el que se cubría... Puede que no hubiera logrado encontrarla de nuevo.

—Doris, ¿puedo volver a verla?

Ella no contestó, pero tampoco retiró la mano.

—Puede. Pero no muy pronto. Tengo..., tengo muchas cosas en qué pensar.

—Iré a esperarla a la salida de los estudios de la radio... cuando usted me diga.

Ella dejó la taza de café sobre el mostrador.

—Vaya..., vaya mañana, Greg. Le esperaré a las siete. Pero no me hable. No necesita hablar. Sólo quiero pensar que no estoy tan sola..., tan sola como he estado todo este tiempo atrás.

Se bajó del taburete.

—Pero..., Greg, tiene usted que acabar su carrera.

—No se preocupe. La acabaré. Ahora tengo más motivos que nunca para hacerlo.

Se quedó mirándola fijamente.

—No, un motivo solo, en realidad. Sólo uno.

Metió la mano en el bolsillo, y sacó una sola moneda. Ella sonrió por primera vez.

—Lo siento —dijo él—. No tengo más dinero.

—Yo pagaré. Y si necesita algún dinero... Es un préstamo nada más, Greg. Un préstamo que sé que voy a recuperar. Lo sé.

FIN

Frank McFair, seudónimo utilizado, junto con Russ Tryon y como Henri Darzac, por el escritor español Francisco Cortés Rubio. Nació en Madrid, en 1924. Ya desde muy joven se siente atraído por la literatura, a la que se dedica de lleno en 1948, casi siempre en la modalidad policíaca, aunque tiene escritas varias obras de teatro, policíacas también, no estrenadas aun. Ha publicado en diversas editoriales españolas, argentinas, mejicanas, francesas, italianas y portuguesas. Su estilo se caracteriza por su agilidad, facilidad de expresión, y profundos estudios psicológicos de los personajes que trata, así como de un humorismo extraño, macabro a veces, en el que la paradoja juega siempre un importante papel. Prolífico autor de más de cincuenta títulos de intriga y misterio en los años 70 y 80 publicados en novelas cortas por la editorial Andina.